

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



J. Capdevila: Contraste.—
Fentaura: Recordación de
Dorado Montero. — P. D.
Montero: Valor de leyes y
autoridades. — J. Ferrer: El
anarquismo, única solución
efectiva. — C. Carpio: La
puerta de oro del mundo.
Kant: Lo agradable. — R.
Rocker: Los ideales condi-
cionados al medio. — F. Alaiz:
Jornada de ocho horas pa-
ra leer. — J. M. Congost:
Misión anarquista en los
sindicatos. — A. Vidal y Pla-
nas: Perreries y hombradas.
A. Carsi: Los juguetes. — M.
de Rivacova: Ridruejo, ca-
misa vieja. — A. Samblancat:
La edificación de los demo-
ledores. — Puyol: Las cue-
vas. — J. F.: Elevemos la
A. I. T. — J. Venuti: Etica
anarquista. — F. S. Figola:
Carta a mi amigo Pascual.
B. Milla: Trazos. — Denis:
El romántico.

152

AGOSTO • 1963

REVISTA MENSUAL
PRECIO: 1,20 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

En el número 1 de CENIT apareció una portada con la imagen de una mujer. Reflejo de la España de Franco era —por su aspecto demacrado, raquítico y hambriento— aquella española de Forcadell. Era la imagen de la España actual: la franquista, la fascista, la de los banqueros, la de los obispos, la de los militares.

En este número aparecen dos hombres de la tierra española que también son un símbolo. Mas no un símbolo de la España franquista, sino de la España de siempre: la del trabajo, la del español como «realidad social por excelencia». No hay más que mirar y examinar de cerca su postura, su mirada, sus rasgos, SU SER Y SU MOTIVO. Si sobre Grecia vencida cayó algo peor que la hez de la tierra en la persona de los Jerjes, es decir: la apatía y la resignación, la imagen de estos dos españoles nos indica que no ha ocurrido, ni puede ocurrir, lo mismo, en España. Podrán haber caído sobre ella la hez del generalato español, NO HA CAIDO AUN LA APATIA NI LA RESIGNACION. Y mientras esto sea una realidad, «la espantosa decadencia moral y material» sólo tiene en Iberia carácter provisional.

No podría ser de otra manera tratándose de hombres, cuales obreros españoles, que constituyen por sí mismos UNA CONCIENCIA. Como tal, el español es incompatible con lo gregario. Incluso, cuando en los momentos de debilidad se inclina y simula «cierta adaptación», no lo es más que de forma, jamás de fondo. OPONERSE es el primer motor de todas sus actividades. Lo demás, ¿conceptos?, ¿programas?: palabras.

¡Tiemblen los tiranos! ¡Los españoles saben desde mucho antes de que lo dijera aquel cura, que «el tiranicidio es legítimo»! Y esto es lo que nos recuerda el aspecto de estos dos ya ancianos trabajadores de Iberia.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, 1.º Agosto 1963

N.º 152

CONTRASTE

DECIAME una vez un amigo, cuyas dotes artísticas admiro, que toda creación artística resulta incompleta e imperfecta a los ojos del autor mismo.

Porque la imagen concebida por el artista, aun en esos raros momentos de sublime inspiración, queda deformada o mutilada al quererla modelar, es decir, al tratar de darle formas reales y tangibles.

El escultor siente temblar el cincel en su mano ante la masa inerte del bloque de mármol. La misma inquietud siente el pintor ante el lienzo inmaculado que, rígido y hostil, se le enfrenta.

De esa inquietud, de esa impotencia en el arte plástico y pictórico nació el tecnicismo, ciencia imprescindible e imprescriptible para que una obra alcance cierto éxito. Me habló del relieve, del colorido, etc., comentó con mucho acierto a Rubens y a Rembrandt sobre el feliz claro-oscuro formando magníficos contrastes, y se extendió con vehemencia sobre las principales obras de Rodin, el del relieve maravilloso.

Y glosando así, terminó su deliciosa exposición diciéndome: « La idea, el sentimiento vibrante, la armonía, en fin, la Vida, son las premisas que deben regir toda obra digna de admiración contemporánea. Y esto por encima de toda escuela y clasicismo académico. Hoy desgraciadamente, no es así. El snobismo infeudado en las mientes de muchos neoartistas, con más avidez de lucro y popularidad que de nobleza y perfección artística han dado nacimiento a un sinfín de escuelas como el impresionismo y el surrealismo, cuyas virtudes sólo son el dejarnos fríos e insensibles ante tanta abstracción y absurdidad.

Es preferible que en el alma del autor queden sin revelación exterior por impotencia, esos matices nebulosos y esas sensaciones inefables a que aludíamos anteriormente, antes que cometer desviaciones, que yo califico de monstruosas, que se vienen observando en la evolución del arte moderno.

¿Quién sabe si desde el fondo del subconsciente, en donde han quedado postergadas estas sutilezas, saldrán mañana gestaciones trascendentales? En todo caso ahí reside el principal estímulo del verdadero artista. »

Y me habló luego de un cuadro que tenía en perspectiva, como alegoría a la Libertad.

Descripción espontánea y poética que transcribo íntegra.

..

Bajo un cielo límpido. Un paisaje claro. Sus horizontes son confundibles con el azul lejano y atenuado. Un río caudaloso de aguas cristalinas y apacibles se desliza por entre la selva, sin diques ni montañas. Árboles de espesuras majestuosas, en cuyo seno saltan y cantan los pájaros libres de jaulas, libres de trampas. Al borde del río, formando un jardín caprichoso, crecen flores eróticas con cautivantes perfumes; sin tiestos en sus pies, sin campanas en sus tallos. Y en medio del paisaje, silencioso, en éxtasis, un hombre solo lo está contemplando.

..

Bello y hermoso paisaje, le dije Sólo un reproche debo hacerte a la descripción. Y al oír reproche, como saliendo de su ensueño, miróme fijamente y continué:

— Falta el contraste. ¿Por qué no eriges en tu cuadro, con sus moles parduzcas, una cárcel grande, muy grande, con grandes barrotes formando rejías, y dentro de la celda, en la penumbra, un gigante, también muy grande, encadenado, con sus manos lividas, su rostro exangüe, su cuerpo escuálido, mirando fijamente como enloquecido TU CUADRO?

Y sin responderme ¡cómo se alejaba alucinado hacia su taller!

Y, yo, triste, muy triste, me quedé murmurando: ¡España! ¡Esto es España!

J. CAPDEVILA



RECORDACION

de

Dorado Montero

HACE cosa de dos o tres meses, nuestra amiga Federica Montseny publicó en las columnas del semanario « Espoir », y en la sección que titula « Día tras día », un artículo con el epígrafe : « Un gran olvidado : Dorado Montero ». Comentaba el volumen editado por Ediciones del Departamento de Extensión Universitaria, de Santa Fe (Argentina), conteniendo el texto de la conferencia que con el tema : « El centenario de Dorado Montero », dió el profesor Manuel de Rivacoba en aquella Universidad.

Tiene razón Federica al manifestar que hemos de estar agradecidos de que se haya actualizado « una gran figura española, casi desconocida por las nuevas generaciones ». En efecto, Dorado Montero, que puede afirmarse fue precursor de modalidades de tipo sociológico que alcanzan viable opinión en nuestros días, ha quedado relegado al olvido, ya no solamente en lo que a la juventud hace referencia sino incluso entre intelectuales de formación liberal, que no podían haberles pasado desapercibida la personalidad y la influencia moral que ha tenido Pedro Dorado particularmente entre los que en España, y en lo que va de siglo, mayor influencia democrática han querido aportar a los problemas del Derecho. De ahí que, por vía de ejemplo, uno no pueda por menos que extrañarse un tanto del silencio que en torno al profesor Dorado se percibe en la notable obra de Luis Araquistain : « El Pensamiento español contemporáneo », en la que se hace mención, con determinimiento y juicio ponderado, de figuras que, en plan de influencia intelectual, no estuvieron a la altura del autor de « El Derecho Penal de Iberia ». Ello induce a suponer que el acusado olvido de que ha sido objeto, por parte de algunos, el citado pensador haya obedecido a la simpatía que tuvo por las ideas ácratas. Simpatía que le indujo a traducir al español, antes que lo fuera al francés y otras lenguas de Europa, la notable obra del alemán Pablo Eltzbacher, doctor en Derecho en la Universidad de Halle : « L'Anarchismus », con el título : « El Anarquismo según sus más ilustres representantes ».

A fines del pasado siglo y principios del actual la lucha social derivada de la consiguiente diferenciencia de clases, tenía características verdaderamente trágicas. Los hombres de sensibilidad depurada no podían por menos que sentirse solidarios de todo cuanto iba contra la injusticia; solidarios de aquéllos que más directamente sufrían las consecuencias de la atrabiliaria organización social. De ahí que entre los intelectuales, llamados por

su formación mental, a comprender más a fondo las causas del mal, se elevaran voces de protesta. De ahí también que, hombres de ciencia con sano criterio independiente, analizaran de un modo concienzudo determinadas corrientes de carácter político-social cuya influencia se manifestaba de un modo harto significativo en el ambiente. Sacaban ellos las pertinentes deducciones, que trataban de evitar la mayoría de quienes, ejerciendo profesiones liberales, las apetencias materiales les inducían a observar posición lacayuna al respecto de la burguesía y el Estado.

De querer hacer memoria y pretender remover papeles se podría ofrecer amplia referencia de nombres de obras y de actividades. No hace al caso. Bastará citar algunos como simple ejemplo : Entre los que sin ser considerados propiamente como anarquistas, llevaron a cabo una labor merecedora de singular estima por su carácter de dignidad humana y su sentido de emancipación social, se puede nombrar a Carlos Letourneau, con su « Psicología étnica » y su « Sociología »; Agustín Hamon, con su « Psicología del militar profesional » y « Psicología del Anarquismo socialista »; Odón de Buen, con sus conferencias y opúsculos en torno a los problemas de higiene social y pauperismo, abriendo luz sobre sus causas; Clemencia Jaquinet, abordando los temas pedagógicos con el criterio racional que más tarde indujo a Ferrer Guardia a fundar la Escuela Moderna. Pedro Dorado Montero abordaba los problemas del Derecho coincidiendo a este respecto con el argentino Carlos Octavio Bunge, escritor y jurisconsulto, que puso de relieve, en una de sus obras, el fondo coactivo manifestado en el origen de las leyes, brotando de la fuerza bruta.

Era a fines del siglo pasado y a principios del actual. Todavía no habían aparecido en el escenario de la Historia las dos terribles conflagraciones bélicas europeas. No se conocía aún la tragedia del éxodo de pueblos enteros. La miseria, la ruina derivadas de las que resultaron a modo de epidemias : totalitarismo fascista y comunista, coincidentes, por aquello de que los extremos se tocan. No se habían manifestado aún las terribles hecatombes destructivas de seres humanos en los hornos crematorios. No se concebía la posibilidad de una tremenda mortalidad como la originada en Hiroshima por la primera bomba atómica. Todo ello ha contribuido a crear, en nuestros días, como una especie de caparazón de insensibilidad entre el vulgo; entre esas masas amorfas que Ortega y Gasset ha definido como existentes en todos los estratos sociales. Todo ello ha restringido el

número de las minorías conscientes, de los elementos con dignidad; con un sentido elevado de la justicia, de la fraternidad social. De ahí que al hombre de sensibilidad atrofiada (!y bien sabemos que ello afecta a la mayoría!) pese a que concepciones sociológicas de ayer alcanzan también hoy valor de actualidad, a él se le antojan inadecuadas.

Editábanse en Barcelona, hace ya unos cuantos lustros, unos volúmenes de reducido tamaño a los que se denominaba « Manuales Soler ». Los constituían una serie de monografías que a un precio económico — seis reales — le ofrecían al curioso lector acopio de conocimientos condensados en pocas páginas. Era, como decían los editores, una « biblioteca útil y económica de conocimientos enciclopédicos. » Eran los encargados de escribir expresamente para la colección citada verdaderos técnicos, reconocidos especialistas en las materias que se trataban. Así aparecieron tomos haciendo referencia a Historia Natural, a cargo de Odón de Buen; Química Orgánica, por el Dr. Carracido; Ciencia Política, por Adolfo Posada; Derecho, por Joaquín Costa; la Civilización Española, por Rafael Altamira. Y así otros temas y autores, casi todos ellos de reconocida mentalidad liberal.

Pedro Dorado Montero contribuyó con su aportación cultural a la citada colección, ya desde los primeros volúmenes que en ella vieron la luz. Escribió una monografía con el título : « Bases para un nuevo Derecho Penal ». Luego un tomo titulado : « Valor social de leyes y autoridades », ambos de singular importancia, no obstante el carácter popular de las monografías en general. Eran de importancia dada la personalidad intelectual del autor, que ya había dado a luz entonces libros tan comentados como lo fueron los siguientes : « La Antropología criminal en Italia », « El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana », « Problemas del Derecho Penal », « Problemas jurídicos contemporáneos », « El Derecho Penal en Iberia », entre otros. Se hallaba entonces en el

apogeo de sus conocimientos y convicciones. Todavía no le había llegado la desventura de tener que dejar su cátedra en la Universidad de Salamanca, perseguido por el ancestral cerrilismo clerical; dada su rectitud de juicios y sus convicciones de hombre libre.

Tiene el citado volumen : « Valor social de leyes y autoridades », mérito positivo puesto que en él se ponen al desnudo los verdaderos orígenes de lo que llamaba acertadamente Ibsen « puntales de la sociedad ». De lo que se ha pretendido rodear de una aureola de **cosa sagrada**, en tanto que **principios inviolables**. (¡Oh, las leyes! ¡Oh, el Estado!) Dorado Montero analiza el criterio de aquellos que buscan justificar leyes y legisladores. Pero también pone de manifiesto el sentir de sus adversarios. Y es así como cita el parecer de los anarquistas. Posiblemente, el editor de la obra, al encomendarle que la escribiera, le aconsejara la conveniencia de no inclinarse demasiado hacia un criterio izquierdista. Pero el hombre digno, sincero, no puede tener dos caras, como Jano. De ahí que, sin hacer profesión de fe de ello, Dorado Montero revela en la obra su simpatía por las ideas anarquistas.

« Valor social de leyes y autoridades » es un volumen ya agotado de unas doscientas páginas de apretada lectura con profusión de notas marginales. Revela la extensa cultura, la vasta erudición del autor. Hemos creído que, estimando la excelente labor llevada a cabo por el profesor Manuel de Rivacoba y la Universidad argentina de Santa Fe, al celebrar el centenario de Dorado Montero, unir al de ellos nuestro recordatorio, considerando que ha de ser grato para los lectores de CENIT leer unas páginas de una de las más representativas obras de Dorado Montero, al que no podemos, quienes amamos la libertad y la justicia, dejar postergado en el olvido.

FONTAURA



**El derecho mismo, ejercido por gentes incultas,
se parece al crimen.**

JOSE MARTI.

Valor social de leyes y autoridades

Si he de ser yo mismo quien rija mi conducta, la única norma de mi obrar serán los dictados de mi conciencia; las prescripciones de mi razón; la suma de energías y facultades que integran mi personalidad encontrará entonces campo libre para su desarrollo; la autoridad y la ley de mi vida seré yo mismo; tendré autonomía. Pero si, por el contrario, mis actos han de ajustarse a reglas que otro me impone, aun cuando él mismo las tenga por expresión de principio de racionalidad objetiva, cosa que no siempre acontece; (por eso, muy a menudo, los padres y otros encargados de ejercer autoridad exigen que se cumplan sus mandatos, sin otra razón que por ser mandatos suyos: « porque lo mando yo », suelen decir, si de grado o por fuerza me encuentro obligado a obedecer y cumplir mandatos ajenos, claro está que la personalidad mía se encuentra mermada y sustituida por otra personalidad que me impone la ley; en tal caso soy heterónomo, y la heteronomía supone imprescindiblemente esclavitud.



Quienes manejan el mecanismo de las leyes, y las autoridades pueden hacerlo servir (como a menudo ha ocurrido y ocurre, a fines propios y torpemente egoístas: por ejemplo, como instrumentos de prepotencia y dominación, por lo que, a lo menos frente a estos individuos, es decir, a los que mandan en otros, sin tener quienes les manden a ellos, el problema: no parece tener solución fácil.



¿Cuál es la función social que corresponde a las autoridades y las leyes? O, de otro modo aún mas claro: ¿para qué sirven ambas si es que sirven para algo? Si la suprema regla de mi conducta es la realización del bien, ¿he de ser yo mismo quien busque y ejecute todo lo bueno, guiándome por las luces de mi espíritu, que es decir por las exigencias del orden moral, del derecho natural, según me lo muestra mi razón, anteponiendo estas exigencias a cualquiera otra? O bien, por el contrario, ¿tengo que deponer mi propio criterio y ahogar las voces de mi conciencia, para aceptar y seguir como bueno lo que con tal carácter me señale y me fuerce a cumplir otra persona, que se llama legislador, soberano, autoridad, poder público, Estado, Iglesia?

La gran mayoría de los pensadores que discuten los problemas de referencia no llegan a estos extremos, según es sabido; su posición es, por lo regular, intermedia; es decir, que estiman como un supuesto indiscutible de la necesidad social de

leyes y autoridades, y solamente se ocupan de trazar la esfera de acción en que las mismas deben moverse. Pero eso no obsta para que nosotros presentemos la cuestión en toda su pureza y desnudez, añadiendo que si semejantes escritores no lo han hecho, ha sido a costa de la lógica, deteniéndose a la mitad del camino y no llegando adonde debieron. Quizás el temor a las audacias del propio pensamiento y a las consecuencias a que las mismas pudieron llevarles, hayan tenido a veces alguna parte en tal conducta.

Pero tampoco faltan autores, y de gran renombre, que han ido hasta la raíz del problema y expresado con toda claridad sus ideas respecto del mismo. Entre los contemporáneos se encuentran bastantes. Ya tendremos ocasión de hacer referencia a algunos.

Los hay igualmente entre los antiguos. Si alguien se entregara de lleno y con verdadera constancia a la tarea de rastrear antecedentes de las doctrinas anarquistas, es posible que los encontrase en abundante número.

Para lo que a España se refiere, los señores Hinojosa y Costa, tan conocedores de nuestra literatura jurídica y sociológica antigua, podrían prestar un verdadero servicio a la cultura reuniendo y publicando todos los textos con que se hayan tropezado en sus excursiones de investigación históricas y de los cuales, según me decía una vez el señor Costa, ha visto muchos; sólo que no los ha copiado, por prisa o por no interesarle a la sazón la recolección de los mismos. « Mi impresión — me escribía — es que hay materia para toda una «Historia de las ideas sobre acriacia en España». También el señor Altamira, y acaso otros varios, podrían ayudar a la formación de esta obra. Y en lo que toca a la mística, donde tan abundante material respecto del caso debe de haber, quizás nadie tan llamado como el señor Unamuno a exponer los pasajes en que nuestros místicos se presentan enemigos de las leyes y las autoridades externas, y entusiastas de la ley interna y de la libertad individual racional.

Voy a aducir unos pocos antecedentes, la mayoría de los cuales recogidos de segunda mano. Pertenecen a pensadores de significación varia: filósofos, teólogos, jurisconsultos, literatos...

Ya Platón afirma varias veces que un país bien gobernado « no necesita las leyes » y que sobrarían los jueces si todos los ciudadanos fueran buenos. El mismo filósofo se burla de querer suplir la falta de educación y de sentido interno, que es su fruto, formando reglamentos sobre reglamentos, añadiendo correcciones sobre correcciones,

con que no se logra sino complicar y empeorar la enfermedad, reputando además vergonzoso suponer que haya hombres tan malvados que el legislador tenga que dictar leyes para contenerlos. De manera que aquí se espera el bienestar y el progreso sociales de la bondad de los hombres. Se reconoce la necesidad de procurar esa bondad formando el hombre interno mediante la educación, y se niega poder a las leyes y a las penas para suplir con recursos exteriores la falta del sentido interior.

A principios del siglo XVI, un obispo italiano, J. Vida, se expresaba del siguiente modo: « ¿Para qué sirven las leyes? Para constituir la servidumbre, que los sabios califican peor que la muerte; para obligarnos a vivir bajo el dominio ajeno; para darnos una naturaleza artificial y rebelarnos contra nosotros mismos; para convertirnos, no en mejores, sino en más astutos, para enseñarnos, no la justicia, sino el arte del litigio... ¿Habéis visto acaso alguna vez una sola agrupación de hombres en que se cumpla la justicia y en que se atribuya a cada cual según su mérito? si el sabio vive con el cuerpo entre la multitud, con el pensamiento huye de la sociedad. Y ¿cómo surgen los Estados? Con latrocinios, con usurpaciones, con invasiones; y viven oprimiendo a una multitud innumerable de operarios y domésticos, no ciudadanos, sino esclavos, a quienes se prohíbe como delito lo que constituye las delicias de sus señores... ¡Feliz la edad en que no había leyes, ni plebiscitos, ni ficciones, ni fraudes, ni impuestos, ni avaricia, ni ambición, ni gloria, ni ricos, ni pobres, ni asedios, ni estragos, ni guerras, ni revoluciones! Libertémonos de esta sociedad corrompida y perversa, y que la justicia descienda sobre la tierra. » Un teólogo español, Fray Alonso de Castriella, trinitario, sienta las atrevidas afirmaciones siguientes: «La obediencia fue introducida más por fuerza y por ley positiva, que por natural justicia. » « Salvo la obediencia de los hijos a los padres y el acatamiento de los menores a los mayores en edad, toda la otra obediencia es por natura injusta, porque todos nacimos iguales y libres. »

Entre las medidas para mejorar a España, que proponía un escritor del siglo XVII, Alvarez Ossorio, estaba la de « quemar los libros de leyes, para que no acaben con el país, reduciendo a un solo volumen las que parezca indispensables. »

Poniendo en el asunto un poco de diligencia, creo que podrían hacerse bastantes citas análogas a las anteriores. En el campo de la literatura deben de abundar bastante. Mas con las anteriores sobra para demostrar lo que nos proponíamos, a saber: que el problema relativo a la función social del Estado, las leyes, el gobierno, las autoridades, ha preocupado a los hombres reflexivos en todos los tiempos, y no es cosa particular de la época contemporánea.

Sin embargo, en nuestros días es cuando ha adquirido una gravedad y un interés, antes no conocidos, gracias a la aparición del anarquismo. El cual, haciendo hincapié en una idea antes ya

cara a muchos románticos, esto es, en la bondad nativa de los hombres y en sus naturales inclinaciones al bien, viene preconizando la supresión de todo el artificio oficial que se llama Estado, como rémora para el progreso y como obstáculo para el desarrollo de una vida social espontánea, tranquila, ordenada, propiamente humana, producto de la cooperación abnegada de los individuos, y de la cual se halle proscrita la coacción violenta, que es requisito, *sine qua non* de la existencia de leyes, gobierno y autoridades.

La superstición legal, tan arraigada, es causa de la multiplicación de las leyes. No bien se siente alguna necesidad nueva, o se echa de ver algún vicio, inmediatamente acudimos a los poderes públicos para que ellos remedien el caso, a fuerza de disposiciones legales. Y de aquí proviene el que de la mayoría de los males sociales que sentimos echemos la culpa a los gobiernos, porque no legislan, o legislan mal. A las leyes cargamos en cuenta todas las desgracias, y en las leyes, no en los hombres, es en lo que confiamos para aliviarlas. De otra bien distinta manera ven este problema aquellos que, como Posada y Unamuno, esperan el remedio, más bien que de las leyes, de los hombres y de su formación y educación.

Como resultado de ello ha venido ese mar de disposiciones legales que nos ahoga. Ya en su tiempo se quejaban Cerdán de Tallada (siglo XVI) de la excesiva abundancia de leyes; pues el derecho civil (esto es, patrio: *ius civile* de los romanos) estaba repartido en más de catorce mil leyes, con más de otros tantos mil casos, sucedidos en tiempos pasados y ya decididos. ¿Qué diría si viviera hoy? Hoy, en cualquiera de los países que se llaman civilizados, es incontable el número de leyes y órdenes de todas clases. Los volúmenes en donde se coleccionan muchas de ellas, no todas, forman a estas horas una biblioteca muy copiosa. Alguien ha dicho que los geólogos del porvenir, al estudiar la historia de la tierra, se van a encontrar con una capa a la cual habrán de denominar *formación papiréa*; y el que esto decía, lo decía por el montón de libros y archivos de leyes que han de tropezarse.

La abundancia de leyes demuestra lo poco que se confía en la bondad natural y en el racional criterio de los hombres, puesto que se quiere someter todos sus actos a regla exterior. Es como si los médicos quisieran prescindir de la llamada *vis medicatrix*, de la naturaleza del enfermo, (vergi-gracia, de su juventud o de su vigor), esperándolo todo de las medicinas a éste propinadas, de las cuales y de su acción se burla a menudo la naturaleza, no obedeciéndolas.

Esa solidaridad humana voluntaria, querida por determinación espontánea, que repugna la coacción material exterior, del Estado, viene siendo la exigencia de varias doctrinas filosóficas, jurídicas y sociológicas contemporáneas, las cuales, por lo mismo, proscriben, a lo menos en gran parte, la

existencia de las leyes y de las autoridades como obstáculos para la vida social ordenada y verdaderamente humana. Así sucede con aquellas que protestan contra la concepción negativa del derecho, que es la corriente, y contra la consideración del elemento coactivo, exterior, retributivo, como esencial a éste, afirmando, por el contrario, que el derecho es un orden ético, de cooperación positiva, de prestación voluntaria de condiciones para la vida de sacrificio caritativo de medios por parte de quien las tenga en provecho de quien los necesite; orden, cuya garantía propia no se halla, en realidad y en su último término, fuera de la conciencia de los individuos.



Varios males engendra el desconocimiento del carácter transitorio e histórico de la función que la autoridad y las leyes desempeñen, y el consiguiente hecho de que una y otras no dejen a tiempo el campo libre a la actividad individual. Por de pronto, haciéndose sistemáticamente perdurables, se erigen en instituciones a se, con existencia propia; y, tanto los que se hallan al frente de las mismas, los diversos órganos del poder, como la masa social, llegan a considerar que la autoridad es por su propia naturaleza superior a los súbditos, y la ley una norma esencialmente justa, a la que deben amoldar sus actos, de grado o por fuerza, cuantos se hallan sometidos a su imperio. Por eso, los mandatos del poder, cualquiera que sea la persona que lo ejerza, son indiscutibles y deben ser ciegamente obedecidos. Por eso, el poder mismo se juzga como una institución sobrehumana, no engendrada en el seno de la sociedad, en vista de necesidades sociales y para satisfacerlas, sino al contrario, caída de las nubes, a manera de un

don gratuito hecho a la persona que lo posee, la cual posee con perfecto derecho, como cosa propia, en su beneficio, y puede hacer de él el uso que le parezca conveniente. Por eso mismo, también se pide respeto y veneración para las autoridades, por lo que representan, no por lo que ellas valgan o porque sean respetables; es más : aun cuando sean indígenas y aun cuando se sepa de un modo positivo que ha obrado contra toda razón y justicia. La muletilla : « respeto al principio de autoridad » es una de las más usadas.

No en otra consideración se funda la tradicional sumisión a la autoridad de la cosa juzgada, la indiscutibilidad de las sentencias de los tribunales, la irresponsabilidad e inviolabilidad del soberano, la obediencia forzosa y servil a las prescripciones del mismo, a las órdenes del padre, del maestro, del sacerdote, sea cual sea el contenido de las órdenes o prescripciones. De poco sirve que algunas veces se haya dicho que las leyes y los mandatos injustos de las autoridades no deben ser obedecidos, y que hasta se haya llegado a afirmar el derecho de resistencia pasiva, el de insurrección y hasta el de tiranicidio; esto no ha pasado de ser protestas aisladas de espíritus independientes, cuya inteligencia y sentimientos se rebelaban contra la omnimoda esclavitud de inferiores frente a los antojos insensatos de los superiores. Mas la casi totalidad de las gentes ha venido y viene considerando como innegable la necesidad de que cuantos ejercen algún poder sean respetados y venerados por el simple hecho de ejercerlo. Y es que esta concepción lleva dominando tanto tiempo, que se ha infiltrado ya en nuestra sangre y de ella se nutre un crecidísimo número de nuestras ideas.

PEDRO DORADO MONTERO

INGENUAS

TURISMO

Extracto de una hoja de propaganda turística ensalzando la belleza de cierto lugar montañoso de España:

« Ofrecemos tranquilidad y soledad. Los senderos de nuestros montes son caminos dichos de herradura, buenos sólo para que circulen los burros. Cualquier turista puede pasearse por ellos como Pedro por su casa... »

Ante el desarreglo del mundo **EL ANARQUISMO,** **UNICA SOLUCION EFECTIVA**

(CONTINUACION)

Un estudio de **JUAN FERRER**

IV

EL ESPECTRO DE LA GUERRA

MIENTRAS subsistan los apetitos capitalistas habrá motivos para nuevas guerras. Mientras domine la lógica burguesa los deseos absorcionistas persistirán. Habrá siempre matanzas mientras la Humanidad no reaccione contra los vicios de conformidad.

Cuando Bismarck fundó el imperio alemán — a mediados del siglo pasado — Inglaterra controlaba los mares y cosechaba riquezas en los continentes asiático, americano, africano y en los mares del Sur. Francia, Bélgica y Holanda poseían, asimismo, grandes y ricas piezas de terreno, ya sea en Africa, Neerlanda y Conchinchina. España y Portugal, imperios de la vieja Historia, habían perdido la mitad de América y pedazos de Asia y Africa, en parte por incapacidad administrativa, en parte desvalijadas. Imperialismo, igual a piraterismo.

Portugal, abriéndose paso hacia las Indias, descubrió el índice de una nueva región del mundo, que llamó Cabo de Buena Esperanza. Los holandeses, excelsos marineros y acreditados salteadores, codiciaron el Cabo, arrebatándolo a sus descubridores. Terciaron los ingleses, arrojando a los de los Países Bajo tierra adentro, hasta el Transvaal. Aquí, cavando el suelo, los antiguos holandeses (ahora boers) sacaron oro y diamantes, dando celebridad a las tierras de Johannesburgo. Se enteran los británicos y empujan de nuevo. Todo lo bueno para los fuertes. El imperialismo, en posesión de la fuerza nunca deja de tener razón.

Bismarck, militarista soberbio, asimiló esta fatal lección y dió principio a la desazón de la Europa moderna. La población de la «gran» Alemania aumentaba vertiginosamente, gracias a la fecundidad de sus mujeres. Para mayor estímulo, la nación alemana abandonaba su condición estrictamente agrícola para entregarse a los éxitos de la producción industrial. Su diplomacia naciente requirió nuevos espacios territoriales y libre entrada en los mares y en los mercados internacionales. Ya entonces Inglaterra dió a entender a los embajadores del kaiser que su país se había levantado tarde. Francia pagó las consecuencias de esta pugna, cediendo al Reich sus departamentos del Rhin y del Mosela tras la rendición de Sedán (1870).

Reiteradamente, Alemania ha pretendido imponer su pretendido derecho al coloniaje. En 1896 trató de entorpecer, en el Pacífico, la intervención

antiespañola de los norteamericanos. En 1903 dió un golpe de efecto en la rada de Agadir, con lo cual los junkers trataron de imponer su política de fuerza para ser admitidos en la administración del dominio internacional de Tánger. La zorra diplomática inglesa dejó, una vez más, a la brutalidad germana sin efecto.

Guillermo II se salió de madre y querelló a Francia en 1913. Ante la inminencia de una nueva guerra, la Segunda Internacional reunió a sus miembros en Congreso pacifista para que en él se luciera el tribuno Jeurès. La Internacional de los trabajadores marxistas respondería con la huelga general a todo intento de movilización. Esta fue decretada en 1914 en Alemania, Austria-Hungria, Francia, Inglaterra y Rusia, sin oposición obrera notable. El imperialismo capitalista se había impuesto una vez más por encima de las copiosas declamaciones de los líderes obreros. En consecuencia, Europa, y después América soportaron cuatro años de guerra, con 25 millones de muertos y gran parte de la economía general hundida.

Semejante despilfarro en vidas y haciendas provocó el estallido de revoluciones proletarias en Rusia, Alemania y Hungría, como anteriormente hemos señalado. El mundo obrero se animó a la luz de estas llamas rojas, infiltrando el pánico en el ánimo del Capitalismo. En plan de defensa, aquél decretó el bloqueo contra Rusia, sumiéndola además en las negruras de una guerra civil y de la falta de nutrición. De haber sobrevivido a la contienda, los generales Yudenich, Kolchak, Denikin y Wrangel habrían percibido honorarios en la City.

El ejército polaco, recién formado y entrenado por Weygand y sus oficiales, fue a su turno lan-



zado contra los soviets. Al conjuro de la solidaridad capitalista, los focos revolucionarios de Centroeuropa fueron extinguidos uno tras otro. Poco después, el sindicalismo catalán presenciaba con desespero el asesinato calculado de sus mejores militantes. El imperialismo burgués, salvo en Rusia, había recobrado su imperio sobre los trabajadores.

Pero las madres no podrían concebir tranquilas. Sus hijos correrían grave riesgo militar, porque el peligro de guerra se evidenciaba de nuevo. Varios países sucumbían al absolutismo y las máquinas de matar adquirían sorprendente perfección. Entretanto, las masas obreras postergaban su credo revolucionario, y Mussolini podía imponer su régimen fascista en Italia, estimulado por el ensayo dictatorial de Horthy en Hungría. Primo de Rivera se proclama dictador de España en 1923, para cosechar su terrible fracaso de 1930, y en 1933 la peste gris se apoderaba de Alemania proclamando el III Reich, que tan tristes recuerdos ha dejado. El desastre se avecinaba y las democracias temían las consecuencias del Tratado de Versalles. Rusia organizada en dictadura sedicentemente proletaria bajo el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, no ofreció garantías al proletariado consciente de las demás naciones. Italia y la U.R.S.S. llegaron extrañamente a confraternizar. Balbo fue a Moscú en vuelo de honor y la aviación soviética saludó los colores fascistas desde el espacio de Roma. En 1939, Hitler y Stalin se repartieron la nación polaca en gracia a un acuerdo secreto establecido entre ambos dictadores. Esta suerte de relaciones de dos regímenes fascistas con la llamada « patria del proletariado » tuvieron la triste virtud de aumentar la confusión en los medios obreros internacionales.

La ausencia de espíritu revolucionario en el pecho de la clase trabajadora permitió a la Unión Soviética la derrota de las fuerzas libertarias ucranianas (Movimiento maknovista) y el declive de la revolución marinera de Kronstadt. Por otra parte, la confianza de los obreros europeos en el sistema parlamentario, más el olvido de su propio valer, facilitaron extraordinariamente la ascensión de sus propios enemigos. La presencia de Hitler y Mussolini en el escenario principal de la política europea acreditaron tan amarga verdad. La estulticia o el cansancio de unas multitudes repetidamente engañadas, acostumbradas a producirse de acuerdo con la ley del mínimo esfuerzo, han conducido a la Humanidad a la hecatombe de 1939. Y por si es necesaria una añadidura, la Revolución española antes pereció por la incompreensión de los obreros del mundo que por la ac-

ción mancomunada de Franco, Hitler y Mussolini. Estos tiranos, por otra parte, estuvieron ajustados en su papel de victimarios de nuestro ensayo de Revolución social. Pero de los trabajadores de todas las latitudes no esperábamos que asintieran a esta derrota nuestra con la complicitad de su silencio.

Aun hoy permanecen alejados de la idea de un boicot general a declarar contra el régimen fascista del general Franco.

Así estamos los trabajadores y antifascistas de insatisfechos y abandonados, en tanto que la reacción mundial reajusta sus cuadros y alimenta numerosos focos de discordia que acabarán alumbrando otra conflagración intercontinental. Nuevamente los niños nacen bajo el signo guerrero de Marte. Pueden las madres amantísimas reiniciar su apenas extinguido desespere...

Stalin vengó sobre la piel de los japoneses, a la Rusia de 1904. Port-Arthur y Sakhalin regresaron al imperio enrojecido. Con la agregación de los Estados bálticos, la Prusia Oriental, la Bucovina, la Besarabia y otros territorios, la U.R.S.S. ensanchó sus dominios en 707.202 kilómetros cuadrados comprendiendo un total de 24.355.500 habitantes. Esto aparte, Moscú mantiene su influencia material y política en la mitad de Alemania, en varios Estados vecinos a ésta y en otros más, afectando a los Balcanes. A más añadir, cuarenta años de dictadura no han sido suficientes para que el pueglo ruso recobrara su libertad. Sólo la dictadura de Machado (Cuba) alcanzó un tal grado de longevidad.

Inglaterra — holgaría decirlo — está por la defensa « enragée » de sus discutidos intereses de ultramar, y todas los empeños e intrigas han de ser pocos para conservar su dominio en todos los océanos y mantener a distancia a la U.R.S.S. y a Germania.

Italia, despojada, en pago a su adhesión al Eje, subirá la cuesta del calvario — humillaciones y miserias — airoosamente. Pero Alemania, herida en lo más íntimo de su orgullo, preparará orgullosa y constante la hora H de su venganza. En este punto, vemos a los cándidos sonreír. ¿Cómo le será posible reaccionar a un poder aplastado y en un país que tiene confiscadas sus fuentes de riqueza?

No se olviden los simples de la existencia de una Internacional capitalista en efectivo. No es solamente el cartel armamentista, del acero, puien puede tomar a su cargo la resurrección del espíritu teutón. Está la Banca Mundial, que no reconoce patrias ni intereses que no le sean subordinados.

(Continuará)

DEFINICIONES

- Criticón : Individuo que sabe encontrar algo de malo en lo mejor.
- Muchachos : Menores que saben crear problemas a los mayores.
- Chiquillo : Un bullicio cubierto de sebo.

La puerta de oro del mundo

(CONTINUACION)

CUANTO en esos 15.000 días venideros podremos esperar y ver, sin lugar a dudas que podrá asombrarnos como obra de realización manual, producto del ingenio. Serán dignos de vivir aun cuando lastimen nuestros sentimientos más íntimos por cuanto significarán como fueros de artificio. Aunque entonces más no sea, nos quedará el recuerdo de presenciarlos. La arquitectura del hombre ha sido elaboración de millones de años y todavía no se han detenido las variadas modificaciones que la naturaleza realiza en su ejemplar preferido. Su formación y especialización en determinada disciplina, para soltarle los pañales y plantarlo en medio de la vida, demanda tan rigurosa disciplina que cuatro lustros de estudios intensivos apenas si la identifican con la geografía humana y la habilitan para el desempeño de una mediocre función especializada. En rigor, dentro de nuestro mundo, el experimento es permanente y cuando, a la vuelta del camino ha adquirido un cúmulo determinado de conocimientos, su inteligencia declina y vuelve el estado de su nacimiento. Asombra pensar qué podrá representar este individuo en una sociedad tan compleja como lo promete la de la generación que apunta el año 2000, cuando, a esta altura de los acontecimientos apenas si comprobó su identificación con algunos modelos de segunda mano y desarrolla una actividad conducida a llenar las funciones biológicas de agotarse en una tarea conducida a acumular medios de riqueza material para asegurar su existencia alimenticia.

Las tres cuartas partes de los productos comestibles del mundo pertenecen a Europa. América del Norte y la URSS que, en forma global, integran la tercera parte de la población humana.

Asia, que representa la mitad de los habitantes de nuestro planeta, apenas si puede disponer del 17 por 100 de los alimentos que necesita. En la India, por el flagelo del hambre, el término medio de la longevidad no supera los 27 años.

En la XVII olimpiada participaron 7.000 atletas que durante los quince días de las competiciones, sólo para suplir los alimentos básicos, consumieron: 25.000 kilos de pan, 64.000 kilos de carne argentina, 600.000 huevos, 32.000 kilos de arroz, 40.000 kilos de pescado y 500.000 naranjas.

Para producir 4.660 calorías, cada uno de los atletas que han participado en dicha olimpiada, ha podido consumir diariamente: 200 gramos de pan, 450 de carne, 240 de aceite o manteca, 160 de queso, 300 de verduras, 100 de harina, 30 de café, 200 de arroz o pastas, 250 de pescado, 60 de jamón, 200 de mermelada, 350 de patatas, 200 de azúcar y 5 de té. 4 huevos, 7 botellas de bebidas variadas, 1 litro de leche (*).

Con esta superalimentación de destilería podrían hacerse un banquete 17 habitantes de La Paz, capital de Bolivia, donde la población indígena vive del aire que les aportan sus cansados dioses incalcos y que se consumen a la vista del mundo, pegada a nuestro cuerpo y de todos olvidada.

La vida es demasiado corta y humilde como para no embellecerla con buenas acciones que la estimulen y propaguen. Y demasiado pequeña como para no prodigarle toda suerte de ternuras.

Pueden alimentarse muchas ilusiones sobre las extensiones de nuevas tierras a cultivar, que el hombre está en condición de valorizar en el futuro. Hay varios billones de hectáreas de selva Amazónica, del Congo, de Nueva Guinea que están esperando la mano del hombre. Su incorporación a nuestro acervo económico no será una utopía, sino llegamos tarde.

8. — LA PROTECTORA NATURALEZA

El genetista uruguayo, profesor Boerger, en su libro «La producción y el hombre» estampa un mensaje de paz en este nebuloso avance del medio siglo hacia el dorado sueño del año 2000, que nos promete toda la hierba que da simiente que está sobre el haz de la tierra para que podamos comer, y todo árbol que da fruto y simiente, y toda bestia y todas las aves y todo lo que se mueve sobre la tierra en que hay vida.

Todas las especies han sido creadas para servir al hombre, que ha evolucionado tan rápidamente sobre todas las demás, de manera que, merced al desarrollo de una capacidad cerebral superior, ha podido eliminar algunos animales, tipos rivales, esclavizar otros con la domesticación y hasta modificar las condiciones físicas y biológicas sobre la mayor parte del área terrestre del mundo, dice el doctor Boerger.

El mundo biológico, con todas las manifestaciones de la lucha por la vida, gira en torno de la especie humana, y ofrece una posición de singularidad porque, además de apropiarse de los bienes terrenales, el hombre amolda a sus necesidades a través del proceso de la fotosíntesis, la transformación de las plantas que se nutren de las sustancias minerales y el agua de la tierra con el agregado del ácido carbónico y oxígeno tomados del aire, prosigue tan ilustre hombre de ciencia. De tal modo, el individuo que, por otra parte, se sirve de la explotación directa o indirecta de las plantas que explota por intermedio de actividades agropecuarias, utiliza también las de origen fósil, depositadas en la naturaleza, resultado del proceso asimilador de periodos geológicos anteriores, como el carbón, la turba y el petróleo. Y surge de aquí que ningún otro animal ha podido apro-

(*) «Panificacao Brasileira», diciembre de 1960.

piarse, para uso particular, de la inmensa fuente de riqueza que es nuestro globo.

El hombre parece estar solo sobre la tierra, pues que usufructúa todo lo que el suelo produce desde los comienzos de la vida. No sólo los sociólogos, sino también los economistas y los pensadores, están acordes en que, mediante esta apropiación de las riquezas y la lucha entablada contra sus enemigos, así como gracias a su gran ingenio que le permite metodizar y acrecentar los cultivos, como los productos de origen animal, le dan permanencia de vida.

Si la nutrición que es la base de su existencia no le ofreciera tales condiciones de vida, seguramente hubiera desaparecido devorado por sus enemigos naturales como tantas especies de edades perdidas en el tiempo. Otro factor no menos importante es el hecho de que el hombre, aparte de poder modificar y cambiarse de condiciones de ambiente, adopta medidas profilácticas que son garantía para su existencia.

El rol desempeñado por el ser humano al construir su vivienda para protegerse de las inclemencias del tiempo, le hacen centro de organización de la vida en la tierra y es la base de la constitución normal de la sociedad. Porque la desnutrición modificaría su estructura física; embrutecería su espíritu antes de elevar su progreso moral. Se degeneraría biológicamente y volvería a ocupar el lugar de la bestia. Y, raro fenómeno: desde los tiempos más primitivos la alimentación fue el primer problema humano, del que arranca la evolución del individuo que, al decir del sabio griego, viene a constituirse en medida de todas las cosas.

La eterna lucha contra el hambre, que la ciencia moderna tiene el compromiso formal de resolver definitivamente en sus líneas más agudas, ha supuesto desde antiguas edades el problema que preocupó a los economistas y pensadores del siglo XIX. La densidad de población de las pasadas generaciones sólo permitió llegar hasta aquí con sus irregularidades en el orden productivo. Pero hoy día, la máquina pide más y más materias primas de origen vegetal, y poderosas industrias transformadoras de sustancias orgánicas por el trabajo fotosintético de la planta, son nuestra más cara esperanza.

La población crece invariablemente mientras disponga de medios de subsistencia adecuados en el reino de la naturaleza. Pero su desarrollo veríase obstaculizado de operarse evidentes impedimentos. Casi todas las naciones europeas, incluso las civilizaciones surgidas con sus derivaciones en los nuevos continentes de América y Australia, o sea, la raza blanca en su totalidad, padece del mal de la desnutrición y hasta hace bien pocos años se ha mantenido como signo alucinante este fenómeno, calificado como el más importante de la historia mundial. El cambio fundamental que el movimiento demográfico entonces tan temido, impondría a los pueblos de cultura europea, una sorpresa en la historia de la humanidad. Ese mismo drama pavoroso es el que presentan hoy países como la India, Japón y China cuyo desarrollo científico, según el doctor Archibald Hill, será el único medio

viable para cerrar la tremenda brecha entre el aumento de los recursos y el de la población. Porque con una población que está creciendo a razón de seis millones de almas por año, sólo la tecnología y las ciencias biológicas serán capaces de evitar un desastre, concluye el insigne investigador británico.

NO HABRA HAMBRE EN LA TIERRA

Los progresos de la técnica agrícola del siglo XIX y, sobre todo de los últimos decenios, atenuaron la ley del rendimiento no proporcional en la práctica productiva. Los elementos técnicos, como maquinarias, abonos químicos y el factor genético vegetal, se reúnen hoy día para permitir el aumento de la producción por unidad de superficie, sin comprometer la rentabilidad del trabajo, sostiene el doctor Boerger. Pero, aparte de ello, quedan mares con su inmensa riqueza inagotable, sin contar la abundancia de las nuevas especies vegetales que es posible cultivar en escala ilimitada, sosteniendo el pensador Colin Clark que hay posibilidades de producir alimentos para 25.000 millones de habitantes.

Y añade el profesor Baade «que, el área del suelo arable, actualmente de 1.300.000.000 de hectáreas, que representan apenas un décimo de la superficie sólida de la tierra, fácilmente se podría triplicar. Podrían ararse, si el menor perjuicio, algunos cientos de millones de hectáreas de prados y pastos. Otros 400 millones de hectáreas de terrenos baldíos podrían ser explotados para la agricultura. Incomparablemente mayores son las reservas que encierran las vastas áreas de bosques y junglas. Bastaría ya un aumento del rendimiento del área hoy cultivada para alimentar a 7.500 millones de hombres, pero a condición previa de abocarnos desde ahora mismo a la modernización e intensificación radicales de la rotación de la tierra con métodos ultramodernos, nutrición de las plantas e introducción de sistemas distributivos del ingenio humano y de los productos. Exige una labor de titanes para desarrollar esta acción gigantesca, con sólo llevar adelante una campaña eficaz contra los animales dañinos y la instalación en gran escala de obras hidráulicas para incrementar la agricultura. Tan solo al pasar de la tracción animal a la tracción motriz podría causar un aumento de la producción de víveres que alcanzaría para 1.000.000.000 de hombres. Aparte de las considerables riquezas para cuyo aprovechamiento nos ofrece considerables perspectivas la técnica de la congelación y refrigeración, puede decirse que resulta factible resolver dichos problemas dentro de la fatiga que nos acerca al año 2000, con tal de que la humanidad se abstenga de desperdiciar sus energías en disputas ideológicas con derramamientos de sangre, cooperando unánimemente en pro de esa gran obra a que nos concita el porvenir inmediato.

Pero estimaciones aún más optimistas consignan que, aun prescindiendo de los procedimientos de la técnica moderna, con tal de recurrirse a las es-

tepales y desiertos, hoy prácticamente improductivos, con el agregado potencial de los ríos, lagos y océanos, que representa una capacidad de 1.250 millones de kilómetros cúbicos, resultaría factible que la tierra alimentara más de 200.000 millones de hombres. Aun cuando la humanidad llegada a este extremo no dejara de entrañar una aglomeración tan compacta y acentuada que no representaría un ideal, opina un autor que la densidad de población, compuesta de 1.850 personas por kilómetro cuadrado, así impuesta al globo entero no implicaría de todos modos una crisis de vivienda sobre la tierra.

Desde luego que ese proceso de desarrollo humano parece inalcanzable. Y la producción de alimentos sintéticos puede suplir en buena forma esa grave necesidad, pero con el natural prejuicio para los órganos digestivos que terminaría por atrofiarlos en caso de abusos, acortando la vida humana, si no se administraran con método racional. Tal vez llegado el momento de una superpoblación, y las posibilidades no están descartadas a lo largo de los años que vendrán, siempre y cuando las condiciones atmosféricas de nuestro globo no experimenten cambios fundamentales y el desequilibrio del universo no sufra trastornos de importancia, la fabricación industrial de productos alimenticios por intermedio de la composición química en gran escala, basada en materias inorgánicas, fósiles y otras, quizás esté llamada a desempeñar un papel de necesidad imperiosa.

PROGRESO TECNICO

El automatismo y la cibernética, prosigue Monteforte Toledo, han abierto un ancho mundo al cálculo, a la producción acelerada y, sobre todo, a la liberación del hombre de la férula de la máquina que él mismo creó y que, por aberraciones como el trabajo en cadena y el taylorismo, ha llegado a ser su amo. Energía nuclear, electrónica, automatismo, surgen y evolucionan justamente a la hora y punto en que otra técnica, la planificación, penetra en el futuro y revela los riesgos de la humanidad frente al agotamiento de los recursos del planeta.

Se está estudiando el problema que crearán los aviones atómicos que, con 22 gramos de uranio como combustible, realizarán el viaje alrededor del

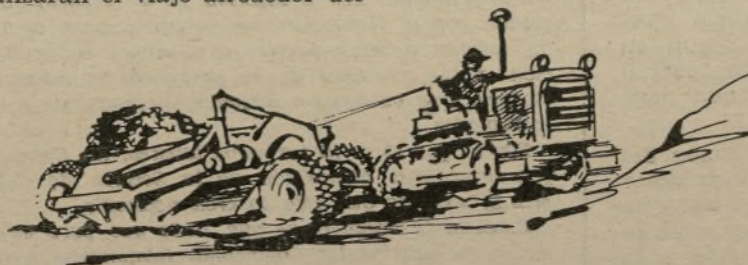
mundo. La locomotora de un tren fantasma francés movió su cuerpo de cien toneladas de peso por un recorrido de poco más de dos centímetros, deteniéndose en la vía delante de un huevo, sin romperlo y sin echarlo a un costado. Alemania occidental está ofreciendo energía atómica a los mismos precios de la térica y a los Estados Unidos de Norteamérica se están concluyendo estudios para que la población afectada a sus industrias trabajen solamente cuatro horas en cada uno de los cinco días de la semana.

La Mestinghouse Electric está dispuesta a instalar una central eléctrica en la luna, imprescindible para que un grupo de expedicionarios pueda bastarse a sí mismos. La productividad es la gran esperanza del siglo XX, con la conquista de consumidores en el área de la riqueza y el destierro del pauperismo mundiales. Para ello se están preparando equipos de técnicos en países industriales, dada la importancia que se asigna a las consecuencias del progreso y al incremento velocísimo de la población. Si la euforia productiva en el mundo capitalista continúa al mismo ritmo, el hombre podrá adelantarse a los cálculos más optimistas de los reformadores. Paralelamente, abriendo el panorama del mundo subterráneo que emerge de la faz de la tierra en actitud de ataque, se ensanchará el campo humano en colegios y universidades capacitando al hombre desplazado por la máquina para resolver personalmente los problemas ideológicos y sociales que el nuevo siglo de las maravillas ya está elaborando (7).

CAMPIO CARPIO

(Continuará.)

(7) En la revista CENIT, de Toulouse, Francia, página 3188, el escritor argentino Dr. Juan Lazarte ha significado que el Departamento de Defensa Civil y Movilización de los Estados Unidos anunció las pérdidas que podrían sufrir 70 ciudades norteamericanas ante un ataque de 224 blancos militares o civiles de hidrógeno de un poder total de 1.146 megatonnes. Efectivamente, morirían en el mismo día del ataque 18.556.000 seres humanos (equivalente al total de muertos y desaparecidos en los cuatro años de la segunda guerra púnica, de 1914-18, como la bautizara el insigne G. B. S.) 16.825.000 sufrirían lesiones necesariamente fatales a corto plazo y 1.009.000 sobrevivirían con graves lesiones. Por contaminación radioactiva morirían más tarde 5.354.000 h dejarían 6.182.000 sobrevivientes inválidos. Un total de 60.000.000 de víctimas.



Odiar es peor que ser odiado.

Una página maestra

Lo agradable

Agradable es aquello que place a los sentidos en la sensación. Aquí preséntase ahora mismo la ocasión de censurar y hacer notar una confusión muy ordinaria de la doble significación que la palabra sensación puede tener. Toda satisfacción (dícese, o piénsase) es ella misma sensación (de un placer). Por tanto, todo lo que place, justamente en lo que place, es agradable (y según los diferentes grados, o también relaciones con otras sensaciones agradables, es gracioso, amable, delectable, regocijante, etc...). Pero si esto se admite, entonces las impresiones de los sentidos, que determinan la inclinación, o los principios de la razón, que determinan la voluntad, o las meras formas reflexionadas de la intuición, que determinan el Juicio, son totalmente idénticos, en lo que se refiere al efecto sobre el sentimiento del placer, pues éste sería el agrado en la sensación del estado propio; y como en último término, todo el funcionamiento de nuestras facultades debe venir a parar a lo práctico y unificarse allí como su fin, no podríamos atribuir a esas facultades otra apreciación de las cosas y de su valor que la que consiste en el placer que las cosas prometen. La manera cómo ellas lo consigan, no importa, al cabo nada; y como sólo la elección de los medios puede establecer aquí una diferencia, resulta que los hombres podrían acusarse recíprocamente de locura o falta de entendimiento, pero nunca de bajeza o malicia, porque todos, cada uno según su modo de ver las cosas, corren hacia un mismo fin, que para cada uno es el placer.

Cuando una determinación del sentimiento de placer o de dolor es llamada sensación, significa esta expresión algo muy distinto de cuando llamo sensación a la representación de una cosa (por los sentidos, como una receptividad perteneciente a la facultad de conocer), pues en este último caso, la representación se refie-

re al objeto, pero en el primero sólo al sujeto, sin servir a conocimiento alguno, ni siquiera a aquel por el cual el sujeto se conoce a sí mismo.

Pero entendemos en la definición anterior, bajo la palabra sensación, una representación objetiva de los sentidos; y para no correr ya más el peligro de ser mal interpretado, vamos a dar el nombre, por lo demás, usual, de sentimiento a lo que tiene siempre que permanecer subjetivo y no puede de ninguna manera constituir una representación de un objeto. El color verde de los prados pertenece a la sensación **objetiva**, como percepción de un objeto del sentido; el carácter agradable del mismo, empero, pertenece a la sensación subjetiva, mediante la cual ningún objeto puede ser representado, es decir, al sentimiento, mediante el cual el objeto es considerado como objeto de la satisfacción (que no es conocimiento del objeto).

Ahora bien, que un juicio sobre un objeto, en el cual éste es por mí declarado agradable, expresa un interés hacia el mismo, se colige claramente el deseo que aquel juicio, mediante la sensación, excita hacia objetos semejantes; la satisfacción, por tanto, presupone, no el mero juicio sobre aquél, sino la relación de su existencia con mi estado, en cuanto éste es afectado por semejante objeto. De aquí que se diga de lo agradable, no sólo que **place**, sino que **deleita**. No es un mero aplauso lo que le dedico, sino que por él se despierta una inclinación; y a lo que es agradable en modo vivísimo está tan lejos de pertenecer un juicio sobre la cualidad del objeto, que aquellos que buscan como fin sólo el goce (pues ésta es la palabra con la cual se expresa lo interior del deleite) se dispensan gustosos de todo juicio.

KANT

DOCUMENTOS

Estipulado sobre organismos de afinidad Regional y Comarcal

Que la estructura interna de dichas Regionales se efectúe de acuerdo con sus características, deseos y necesidades.

Que tales Comisiones se consideren como simples organismos de relación y estadística, restringiendo en la medida de lo posible, la celebración de Plenos y reuniones, que consideramos en gran parte inútiles, gracias a la delimitación de funciones que formulamos.

Teniendo en cuenta que muchos de los comunicados de las Comisiones Regionales e incluso Comarcales y Locales de Origen, envían a la prensa del Movimiento, llenan inútilmente un espacio que puede y debe ser empleado por la Redacción del periódico para otro menester, creemos que los mismos deben reducirse al mínimo, evitando, por ejemplo, la inserción en las columnas de los periódicos de estados de cuentas, circulares, etcétera, que pueden ser dirigidos directamente a los compañeros por ellas controlados.

Por lo que se refiere a otras labores, las Comisiones Regionales de Origen estarán a disposición de la Sección de Coordinación Nacional del M.L.E. siempre que ésta lo crea necesario.

Finalmente entendemos que, dado que para su existencia y el desarrollo de su función las Comisiones Regionales de Origen tendrán muy pocos gastos, todos cuantos medios económicos sean por ellas recaudados con destino a incrementar la acción de cara al Interior de España, deberán pasar íntegramente al fondo pro-España de Coordinación Nacional, para ser empleados en interés general de la Organización.

(Dictamen del Congreso de la C. N. T. de 1947.)

Los ideales condicionados al medio

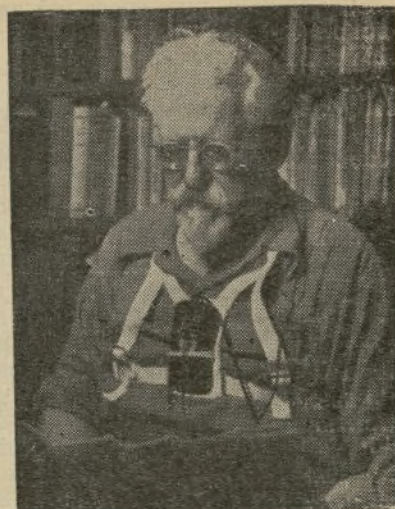
ESE rasgo antiliberal que se advierte en el campo del socialismo, contribuyó con una parte no pequeña, aunque inconsciente y no deliberadamente, a allanar el camino para la concepción del Estado totalitario. El hecho es que la llamada **dictadura del proletariado**, en Rusia llevó a la práctica las primeras ideas del Estado totalitario, que más tarde había de servir como modelo, en todos los aspectos, a Hitler y a Mussolini. La oposición dentro del campo comunista, es decir, los partidarios de Trotsky y otros grupos disidentes, admitieron más tarde abiertamente que el **stalinismo** fue el precursor de la reacción fascista en Europa; pero con ello olvidaron algo esencial, o sea, que Lenin y Trotsky fueron los precursores de Stalin. No es la persona del dictador lo que decide la cuestión, sino la institución de dictadura como tal, de la cual procede todo el mal y que, conforme a su naturaleza, nunca puede ser otra cosa que la precursora de una nueva reacción social, incluso si el **socialismo** y la **liberación del proletariado** le sirven como hoja de parra para ocultar su verdadero carácter.

Fue sin duda fatal para el desarrollo del movimiento socialista el que, ya en su primera fase, sufriera fuerte influencia de las corrientes de ideas autoritarias de la época, ideas que se derivan de las tradiciones jacobinas de la Gran Revolución así como del largo período de las guerras napoleónicas. Tal vez este proceso fue inevitable, ya que cada época histórica da vida a un determinado modo de pensar, a cuya influencia sólo unos cuantos son capaces de sustraerse, pues los hombres se hallan demasiado vinculados a las condiciones sociales de su época.

Cuando William Godwin, en 1793, lanzó al mundo su **Political Justice**, los pueblos aun completamente bajo la impresión producido por los grandes acontecimientos de Francia, eran reacios a cualquier concepción nueva en el terreno de la vida política y social. Fue ésta la razón de que las ideas liberales de Ricardo Price, José Priestley y, sobre todo de Tomás Paine, ejercieran entonces una influencia tan penetrante sobre las capas intelectualmente vivas del pueblo inglés; influencia cuyos efectos se advirtieron aún durante algún tiempo, cuando la reacción, debido a la guerra contra la República francesa, se extendió poderosamente, tratando de dar muerte violenta a todas las tendencias liberales. El desarrollo ideológico se hallaba entonces aún en línea ascendente, y no había perdido su vuelo interior, como había de suceder en años posteriores debido a las grandes decepciones sufridas por la multitud.

Las circunstancias habían cambiado considerablemente, sin embargo, cuando aparecieron Saint-Simón, Fourier y Owen con sus planes para una

por
**Rodolfo
Rocker**



transformación de la vida social. En Saint-Simón, esos planes sólo después de 1817 reciben su verdadero carácter social, mientras que Fourier desarrolló ya durante el primer Imperio sus ideas socialistas en su obra titulada **Théorie des quatre mouvements** (1808). Pero ambos hombres encontraron un número considerable de adeptos tan sólo después de tener lugar la caída de Napoleón, cuando había-se ya extendido sobre Europa la sombra de la **Santa Alianza**. Hacia la misma época, también Roberto Owen dio a la luz pública sus planes de reforma social. En las siguientes décadas aparecieron a uno y otro lado del Canal grandes olas de nuevos pensamientos sobre las tareas sociales de la época, creyendo poder resolverlas por medio de una transformación radical de las condiciones económicas.

Pero todas esas tendencias se manifestaron tan sólo en el momento en que Europa apenas había terminado una de las épocas más duras y agitadas de su historia, época cuyas repercusiones espirituales y materiales habían de notarse aún durante mucho tiempo. Las tempestades de la Gran Revolución, que habían sacudido profundamente los cimientos de la sociedad europea, ya habían pasado. Quedó de ellas tan sólo la guerra, que había sido desencadenada en 1792, convirtiendo a los países más importantes del continente durante veintitrés años, con pocos intervalos, en verdaderos campos de batalla. También habíase desvanecido ya el prestigio y la omnipotencia del Imperio, que había devorado a seis millones de vidas humanas, dejando tras sí a pueblos completamente agotados. En todos los países reinaba una terrible miseria, falta de trabajo y ruina completa de la economía. Los hombres eran presa de terrible desaliento que les hacía incapaces de cualquier resistencia. El ardiente entusiasmo que la toma de la Bastilla había despertado antaño en todos los países, habíase desvanecido hacía tiempo ya. Habíanse derrumbado hasta las últimas esperanzas fundadas en la caída de Napoleón, debido al descarado perjurio de los príncipes, dando lugar a una nueva resignación ante lo inevitable. Los hombres se hallaban tan agotados, que ya no fueron capaces de tomar nuevo vuelo.

Fue aquella una época de agotamiento físico y desmoralización intelectual que tiene mucho de común con nuestra época actual, y a la que, basándonos en nuestras propias experiencias, podemos juzgar hoy mejor que lo pudimos hacer tomando como base los libros de historia. Lo mismo que en nuestra época la Revolución rusa, aclamada por los trabajadores socialistas del mundo entero con tanto entusiasmo, degeneró bajo la dictadura de los bolcheviques convirtiéndose en un despotismo sin espíritu que había de allanar el camino para la reacción fascista, así ahogó el terror ejercido por los jacobinos, con sus absurdas matanzas en masa, el eco poderoso que la Revolución, en un principio, había encontrado en toda Europa, abriéndose así el camino para la dictadura de la espada de Napoleón, cuya herencia política pasó más tarde a manos de la Santa Alianza. Y lo mismo que la guerra de 1914-1918 y sus inevitables fenómenos secundarios agotaron completamente a Europa, condensándose en una crisis económica permanente de inmensa envergadura, así destruyeron las desgraciadas guerras que tuvieron lugar bajo la República y más tarde bajo Napoleón, el equilibrio económico de Europa; y lo destruyeron tan concienzudamente que, durante mucho tiempo, ya no pudo prosperar nada, excepto la pobreza de las masas y una miseria infinita. En ambos casos, la decepción de las masas y la inseguridad económica condujeron a una reacción internacional, que no se limitaba tan sólo a las actividades de los gobiernos, sino que se manifestaba también en todos los ramos de la vida social. El carácter de esa reacción fue diferente, desde luego, en ambos periodos, conforme a las condiciones de la época, pero sus consecuencias espirituales produjeron resultados idénticos.

Si no hubiese tenido lugar la guerra, la nueva estructura social de Francia se hubiera, probablemente, desarrollado tomando un sesgo distinto, y no hubiera permitido la dictadura de un solo partido. El hecho es que, en un principio, todos los partidos, con la excepción de una pequeña minoría, adoptaron actitud hostil frente a la dictadura, pues cada grupo temía convertirse en víctima del otro, en caso de que el azar diera a éste el poder. Pero la guerra condujo fatalmente a una serie de medidas que ayudaron a facilitar el camino de la dictadura. El sentimiento de inseguridad y la desconfianza general, que en todas partes olfateaba enemigos escondidos, deseosos de suprimir las grandes conquistas de la Revolución para restablecer el antiguo estado de cosas, también hicieron lo suyo, despertando en el pueblo la creencia en la necesidad provisional de la dictadura, a fin de acabar con la crisis. Mas si se llega una vez a ese extremo, entonces deja de decidir la superioridad intelectual; es entonces la brutalidad de los medios lo que decide, así como la astucia personal y las opiniones libres de todo escrúpulo moral. Pero esas cualidades suelen ir a mano con la limitación ideológica y la mediocridad de las concepciones. Ya que para los representantes de la dictadura la fuerza bruta significa la primera y la última palabra de auto-

conservación, nunca se ven obligados a defender sus acciones basándose en consideraciones de otra especie. La famosa frase de Cuvier de que « por medio del estado de sitio cualquier asno puede gobernar », puede aplicarse mejor aún a la dictadura, pues toda dictadura no es otra cosa que una nación en permanente estado de sitio.

En condiciones normales, existen posibilidades de crear nuevos caminos de desarrollo, que surgen siempre mientras no se ha estrangulado completamente, con medidas tiránicas, la libertad de discusión sobre las condiciones sociales. Incluso los representantes más decididos del conservadurismo político no pueden sustraerse por completo, en tales circunstancias, a las repercusiones morales de una orientación democrática. Lo mismo que la Iglesia romana tuvo que resignarse, poco a poco, a la existencia de las diferentes tendencias protestantes, así el conservadurismo político y social se ve obligado a la resignación ante ciertos resultados de la conciencia democrática del pueblo, los cuales son una consecuencia de las revoluciones contra el absolutismo de los príncipes. Una tal resignación ante los hechos históricos resulta inevitable en circunstancias normales, ya que ni la revolución ni la reacción son capaces de aniquilar completamente al adversario. Para restablecer, después de las grandes sacudidas, el equilibrio social, se desarrollan paulatinamente ciertos principios en los que se funden, imperceptiblemente, lo viejo y lo nuevo, y que se condensan, en el curso del tiempo, hasta convertirse en determinado estado legal, que no se puede violar arbitrariamente en cualquier momento, si no se quiere que la sociedad se halle permanentemente en abierto estado de guerra.

Ese estado legal, así creado, varía de grado, según que gane o pierda fuerza en la vida pública una u otra tendencia, pero su fundamento moral queda intacto en tanto que las condiciones sociales generales no se conviertan en insostenibles por su propia fuerza, empujando hacia un cambio revolucionario del estado de cosas establecido. Incluso si la parte más fuerte intenta doblegar el derecho vigente e interpretarlo a su favor, eso sucede en tiempos tranquilos siempre sobre la base de los conceptos legales en vigor, a fin de evitar conflictos mayores que pudieran poner en peligro el equilibrio social. Hasta el más empedernido tory no llegaría a defender, en circunstancias normales, la restauración del absolutismo monárquico, sino que adaptaría sus tendencias al estado de legalidad general, a fin de poderlas hacer valer. Intentará, en caso de parecerle propicia la ocasión, limitar los efectos de ciertos derechos y libertades, con los cuales tiene que convivir, ya que constituyen una parte esencial del orden existente. Es esta la razón también de que las revoluciones no se pueden crear artificialmente todos los días, sino que dependen, lo mismo que los periodos de reacción social, de condiciones dadas. Sólo desde este punto de vista podemos apreciar con exactitud la influencia que las corrientes políticas del tiempo ejercen sobre el desarrollo del socialismo.

Los franceses y el exilio español

Jornada de ocho horas para leer

MI amigo Picot es un francés evolucionado, inteligente y estudioso. De vez en cuando dialogamos en el idioma de Rabelais. Tiene una idea de España y los españoles que se acerca de manera impresionante y precisa a la verdad. Sostiene con argumentos experimentales que los españoles somos exagerados. Dice que si el español se liberta de sus exageraciones habituales, resulta un ser que va de cara a la perfección. Según Picot, se exageran entre españoles tragedias y sainetes. Se exagera todo para llegar a la truculencia y al anatema. Me recordaba días pasados que al topar Rousseau en su vida andariega con un español temió que éste saliera por peteneras incluso tratando temas de habitual placidez. Como el español discurría con equilibrio, se rindió el filósofo ginebrino a la realidad diciendo que su amigo español no parecía español.

— Sois exagerados rematados — me dijo Picot.

— La exageración — repliqué yo — no puede achacarse exclusivamente a los españoles. El mismo Rousseau fue un exagerado, un patético exasperado y casi delirante.

— Ya lo sé.

— Es un vicio universal la exageración. También exageran los americanos. El *building* no es más que la vivienda exagerada. En cualquier ocasión los americanos, venga o no a cuento, intentan deslumbrar al prójimo de otros países hablando de montones de dólares. El ideal americano es mentar constantemente sus catedrales de manteca, sus toneladas de café, sus pirámides de trigo de Chicago y sus rascacielos de conservas por cierto bastante malas. En América dolariana se cantan melodías como ésta:

Europa bella de mi amor.

¿Quién no recuerda tu esplendor?

Europa en arte sin rival,

Pero sin un real...

(Esto lo cantan incluso los que en América no tienen un centavo).

— Bien — replica a su vez Picot — todo es exageración. Pero los españoles exageran tanto los imponderables, que los deforman hasta convertir cualquier problema en cuestión cerrada como la teología. En las cosas que se miden, pesan y cuentan, los españoles son negligentes. En los imponderables son tozudos y exagerados. Ahora mismo estáis empeñados con insistencia, que creo única en el mundo, en explicarnos vuestras tragedias. Empleáis exageradas toneladas de papel impreso en libros, periódicos, manifiestos, circulares, cartas y folletos, actas y carteles, octavillas y proclamas.

— ¿Y te parece una exageración?

— Indudablemente. Sigo, con interés que conoces bien, la producción de papel impreso de los españoles en Francia, como en otras latitudes. Más de cien millones de francos lleváis gastados así sin ser más que unos millares de emigrados. ¿No te parece una exageración? Con los cien millones gastados en tinta y mejor aprovechados Franco estaría en el limbo. ¿No te parece un exceso de tinta?

— Tal vez lo sea.

— Lo es, lo es. Lo que publicáis requiere ocho horas diarias sólo para enterarse. Y eso no puede ser. A pesar de la carestía de las ediciones, lanzáis a la calle libro tras libro, folleto tras folleto, periódico tras periódico. No os arredra nada. Los mártires de Chicago sucumbieron para que fuera una realidad la jornada de ocho horas... Y ahora resulta que hemos de habilitar ocho horas diarias para leer lo que escribís... No nos dejáis respirar. Estamos con el resuello cortado.

— Creo que exageras.

— No, no. Hay que leerlo todo despacio, no contentarse con lo que dice el sector tal o cual... Y luego, hay que anotar y aclarar, trabajo impropio, lo que tiene interés aquilatarlo y contrastarlo. El que emplee menos de ocho horas diarias en tales faenas, no se entera de nada, de nada. Con frecuencia publicáis semanarios triplicados que dicen aproximadamente lo mismo.

— El término *aproximadamente* no es justo.

— ¡Claro que no! En muchas ocasiones el matiz diferencial entre una publicación y otra es magnífico aun tratándose de publicaciones afines, lo que obliga a leerlo todo, absolutamente todo.

— ¿En qué consiste la exageración?

— En las repeticiones. Ahí tienes el caso de Gregorio Oliván. Quiero disculparme por el hecho de hablar bien de un ausente, caso extraordinario. No conozco a Oliván más que por lo que escribe. De todas suertes, aunque fuera mi hermano, sería más hermano yo de la verdad que de Oliván. Pues bien: Oliván no sólo queda a la altura de Machado el Bueno, León Felipe y Lorca, sino que ya hoy los supera. Pero apartado ese tremendo maño de la psicosis exagerada del exilio, entregado a una faena menos penosa que la de papelear para irse sin querer, lo que equivale a irse dos veces, haría cosas extraordinarias. Se ha dado a todos los anatemas del antifranquismo. Con la misma inquina merecida, con la misma vehemencia, pero con la misma tónica de otros antifranquistas que en nada se parecen a él.

— Explicáte un poco, amigo Picot.

— El reinado de Franco está en pie porque para derrumbarlo no se da otra solución de curso notorio en la gran prensa, la más leída y difundida (contando todas las publicaciones partidistas en dis-

tintos idiomas, las Agencias de información, etc.), no se da más solución, repito, que la política. Solución de herederos del poder oficial, convencidos de que España es una finca particular explotable por tal o cual partido, por tal o cual confusión de partidos, no un territorio en el que los españoles mismos pueden tener voz y voto para pactar entre ellos la manera de entenderse y vivir. Si hay que creer en el sufragio universal ¿por qué no han de emplearlo los españoles para elegir, por sufragio universal precisamente, un régimen de trabajo solidario en vez de elegir partidos ociosos y antisolidarios.

— Buena manera de balear a los partidos.

— Franco tiene un partido de matones que se desacreditó en el poder. En el poder se desacreditaron todos los partidos de la corona y del rey de espadas. En el poder se desacreditaron los partidos republicanos y socialistas, que eran viveros de oficinistas. ¿Por qué no probar lo que el sufragio universal puede dar de sí eligiendo los españoles como tales su manera de trabajar, de instruirse, de ayudarse unos a otros? ¿Por qué no ensayar el federalismo funcional? ¿Ha fracasado hasta el federalismo orgánico mangoneado por los partidos? ¿Por qué el español no ha de edificar su escuela de la misma manera que edifica su morada cuando puede? ¿Por qué no ha de construir con iniciativa y autonomía sus carreteras? ¿Por qué en vez de construirlas ha de votar diputados para que no construyan carreteras y concejales para que no pavimenten la calle? Todo esto, que no se hizo nunca, da idea más clara del advenimiento de Franco que

la ayuda de Hitler y Mussolini; ayuda evidenciada, pero tan comentada por todos los partidos como disco único que hace olvidar otras causas del desastre español, precisamente las más importantes y decisivas, las que hasta los españoles sin partido olvidan haciendo el juego a los partidos y eternizando el problema español. Acabarán entre todos por empadronarlo en un manicomio. La brisa de heredar excita a los partidos, no el hecho de que España sea una cárcel. Oliván está en los antipodas de los herederos. En eso de heredar es un retardatario eterno. Nadie puede confundirlo con los herederos. Pero nuestros herederos querrían confundirse con él.

— Bueno, lo que dices antes alcanza proporciones universales.

— ¡Ah, por supuesto! Pero ¿no alardean los españoles exilados de universalismo? El baño es una práctica universalista de convivencia y a nadie que sea limpio se le ocurre esperar ningún decreto universalista ni nacional que haga obligatorio el baño. Si los españoles se ponen de acuerdo para vivir a su manera ¿qué prueba pueden dar de originalidad y qué fallo seguiría de exageraciones doctrinarias! ¡Y qué limpieza modélica veríamos para desinfectarlo todo! Franco no sería más que lo que es: un grano de arena para la locomotora que rueda a cien por hora. Todas las controversias serían ociosas...

— Llevamos hablando mucho rato. Hay que ir al trabajo. Otro día será.

FELIPE ALAIZ



Hombres haga quien quiera hacer pueblos.

JOSE MARTI.

Misión anarquista en los sindicatos

Base de la profunda transformación social que ha de terminar en eclosión magnífica de realidades sociales, con todo el montaje anacrónico y absurdo que constituye la sociedad de hoy, el sindicato, concentración de defensa de los intereses de la clase productora, no puede ni podrá limitar a esta función temporal, su misión, so pena de perder de vista los vastos horizontes que se vislumbraron en los albores del internacionalismo obrero.

Como organismo de lucha, reducido a batirse por un mendrugo más y unas horas menos de trabajo, caería en defecto que en otro orden de cosas fue característica de grandes movimientos pretendidamente sociales que limitáronse a la « elevación » del espíritu humano con las esperanzas puestas en un más allá de bienaventuranza para los desgraciados de la tierra.

Dejemos, pues, que subsista o vegete, en tal ilusión ese pseudo-sindicalismo cristiano e incluso « de clase » — que afirma serlo así, por reconocer, acatar y secundar los intereses de otras clases que no son precisamente la de sus adherentes — verdaderos sindicalismos de colaboración de clases, mal que les pese esta denominación. Vayamos a referirnos al hablar de la misión anarquista en los sindicatos, a los auténticos sindicatos de combate y educación, los que hoy son las avanzadas de la lucha social y serán mañana una de las bases de la reorganización de las normas de convivencia humana, sin ser por ello, como en otra ocasión ya hemos afirmado, armazón o andamiaje de nuevos sistemas tutelares que le concedan el derecho a todas las tiranías.

Por habernos referido a este aspecto de la misión anarquista, en evitación de que los sindicatos adquieran en el futuro funciones que en modo alguno les correspondan, engendrando así nueva dictadura, la de la producción sobre el consumo, la del hombre productor sobre el hombre libre, hemos de ocuparnos en el presente esbozo no de esa función vigilante y celosa de los intereses éticos sino de aquella otra de forja y educación del productor con vistas a la realización de las aspiraciones humanas.

Muchas veces hemos dicho que el valor del sindicato reside en el de sus militantes, artífices de su potencialidad de combate. Sentada esta premisa y en aras de la cruda realidad habremos de constatar que las multitudes, descontentas, asqueadas de un tira y afloja político que llegó a infiltrarse en las organizaciones sindicales de todos los países, no son precisamente, hoy, núcleo consistente, integrado por mayorías dispuestas a todo, convencidas de los objetivos a perseguir, con un ideal, y con una voluntad de defensa del mismo. Por el contrario, el escepticismo que este descontento ha despertado, la convicción adquirida de que con su esfuerzo combate por y para otros, sin que su situación sea distinta originó un apartamiento de las mismas de las filas sindicales (que considera como las de los

partidos políticos). Apartamiento que se manifiesta sea por la no filiación, sea por esa filiación inerte del cotizante, que se deja llevar íntimamente convencido de que con o sin su aportación, los liderillos pequeños y grandes han de seguir haciendo cuanto les venga en gana.

Indiferencia peligrosa por cuanto lleva consigo el germen de todas las esclavitudes, sirve a las mil maravillas a quienes sólo han tenido un objetivo: anular la personalidad sindical para anular un peligro que amenazaba sus intereses de clase, o anularla para mejor sujetarla a los manejos turbios de más turbias intenciones políticas con disfraz proletario. O unos y otros de los pescadores de río revuelto, tenemos por responsables de situación como la actual, caótica, absurda, por antihumana, abocada a otros absurdos, de continuidad de caducas formas sociales o de transformación regresiva con banderas de falso progreso.

La educación de estas multitudes, la formación de una militancia sólida en los sindicatos, la creación de una personalidad colectiva apoyada en las recias individualidades que la constituyen, haciendo desaparecer el concepto de « masa », caro a nuestros amigos marxistas, es labor en la que todo nuestro esfuerzo, constancia y tenacidad anarquista ha de ser puesta a prueba.

Lograr con el ejemplo, con la educación, con la exposición de los « casos » que la experiencia nos muestra, que todos y cada uno de los afiliados a los sindicatos, conscientes de su personalidad, de su misión social, sea un factor de la vida colectiva, interviniendo en la marcha de los mismos, sin respeto alguno para los pretendidos dirigentes, con todo el respeto para sus hermanos en el combate, convencidos de que nada depende de los comités, sino del esfuerzo colectivo, que sin él o contra él, nada hay en el seno de la organización sindical; lograr esto, repetimos, es dar el paso fundamental que nos aparte de la ruta equivocada que se sigue hoy y se pueda mirar cara a cara al futuro.

La « masa » consciente, dejando de ser tal, para ser cuerpo orgánico con voluntad bien definida, y recia personalidad, todas las esperanzas son permitidas a los humanos.

Y ello no ha de lograrse, no puede lograrse, ni con discursos ni con acción al margen de los mismos sindicatos. En el seno de los mismos, actuando con la sinceridad y nobleza que nuestras aspiraciones nos dan, saliendo al frente de las manifestaciones, mostrando nuestro juicio sereno, enemigos de rencillas personalistas, celosos de la salvaguarda de los intereses colectivos, sin perder de vista los del individuo mismo, mostramos la línea a seguir y hacemos estallar en los cerebros resignados la llama inextinguible de la propia conciencia.

Si un ejemplo quisiéramos dar de ello, la virilidad y pujanza de nuestra vieja C.N.T. está al alcance de los espíritus más obtusos. La personalidad de nuestra central querida reside en el espíri-

«Sugestión de España»

« Si los españoles siguen afectos a los partidos tendrán nuevas versiones, pero no dejarán de ir a la ruina. Si los españoles sin partido se hermanan con los españoles desengañados de los partidos viejos y nuevos, si todos se apresuran a dar ellos mismos por sí mismos el régimen de República Social Federal, sin manos muertas, mentes ociosas ni trabajo forzado, el impulso de tan alto sentido de autonomía será un resplandor de libertad en el mundo caduco de la servidumbre. Y entonces Franco y los que aspiran a gobernar después, serán obstáculos insignificantes. La gran oleada los confundirá a todos. Pero si los españoles siguen confiando el porvenir a los partidos, si insisten en esperar lo que no dieron ni pueden dar, que se resignen a vivir como en la Edad Media, clamando perpetuamente por el advenimiento del buen pastor y haciendo méritos para el cielo. »

ALAIZ

tu fraternal que anima a su militancia, en la convicción de la misma de que nada es posible en su seno si no nace de la base misma, fracasando cuantas tentativas pretendan, albergándose en el nombre de alguien o algunos que pudieron « haber sido », dar desde las alturas de prestigios inexistentes, directrices, orientaciones, o nuevas modalidades de acción.

En la organización sindical así constituida, nadie representa sino la aportación, el grano de arena que da al esfuerzo colectivo; al separarse de él, al intentar, desoyendo la decisión de la base, instituirse en orientador forzado de la misma, deja de ser el grano de arena y es arrollado por la obra general.

A nadie le pasará desapercibido que la presencia anarquista, indiscutida e indiscutible, en el seno de la C.N.T. española, ha sido y sigue siendo la garantía de su superación en esta ruta serena y digna.

Mas para ello, para la formación de esta personalidad respondiendo a la conjugación de voluntades que saben adónde van y qué quieren, no puede bastar el que hagamos comprender a esas mismas voluntades cuál es su función y su importancia vital en la marcha orgánica. Se precisa, indiscutiblemente, que paralelamente a esta convicción, se desarrolle una preparación orgánica, cultural y técnica de sus integrantes, no tan sólo para poder en cualquier momento prestar su esfuerzo allá donde se le requiera, sino aun para la función que el mañana ha de señalar a la organización sindical

J. MUNOZ CONGOST

Perreries y hombradas

NO hago perreries a los hombres, y los hombres, me hacen hombradas. Yo me escondo de los hombres porque me inspiran terror. Siento célicas ansias inmensas de fraternidad, y hasta los lobos son mis hermanos : Si ellos me devoraran en el monte, no sería por maldad, sino por hambre. Pero los hombres no tienen hermanos. Yo no puedo sentirme más que hermanastro de ellos. No es que no los quiera : Los quiero muchísimo, pero temblorosamente, con el corazón lleno de espanto y con la hoz de la siguiente afiladísima inquietud : « ¿Nuevas hombradas me harán hoy los hombres ? »...

Y no vale que yo me esconda de ellos. Los hombres buscan y encuentran siempre animales que cazar, vírgenes que violar, enemigo que matar, perro que encadenar, posaderas que azotar, ignorantes que embaucar, voluntades que forzar, purezas que ensuciar y miserables que apedrear... El hombre es tan feroz que, sin una víctima entre las garras, se moriría de neurastenia... El hombre necesita la víctima, como el can necesita el hueso.

Y, cuando algún hermanastro se acerca a mi escondite, yo salgo, y le hago en seguida una perreria. No sé hacer otra cosa. Mi conducta es clara, ingenua, noble, canina, conmovedora. ¡Ah, las perreries ! : Si yo hubiera descubierto América no te pediría, hermanastro, que me admirases por descubridor, sino por saber hacer perreries... Al hombre que me busca en mi escondite, yo le muevo cordialmente el rabo, le salto conmovidamente encima, le ladro con emoción y ternura, y quiero lamerle las manos y la frente para lavarle con mi pura saliva las manchas de las torpes acciones y de los malos pensamientos. Sería una indignidad, una bajeza, si yo lo hiciese por el hueso. Pero no lo hago por el hueso : ¡Cuán pocos son los hombres que no dan un hueso a los perros ! Lo hago porque ansio la fraternidad del hombre. ¿No soy hermano del tigre ? ¿No soy hermano hasta de la vibora ? Pues, ¿por qué, del hombre, no he de ser sino hermanastro ?... Pero el hombre acaba siempre dándome un puntapié en el hocico : ¡Es la hombrada ! No hago al hombre perreria que él no me pague con una hombrada.

¡Y aún quiso el gran canalla de Nietzsche (Hitler fue su discípulo) hacer al hombre mucho más hombre ! : ¡Nada menos que superhombre ! ¡Maldito sea Nietzsche ! Porque si el hombre, con su maldad ha convertido el paraíso de la Tierra, en un infierno, el superhombre tomaría posiciones estratégicas en la luna para pulverizar los planetas a cañonazos. ¡El superhombre ! ¡El hombre Dios !... El poder de destrucción del hombre es limitado. El hombre no puede destruir sino la Tierra. Pero el afán de destrucción del hombre es infinito, y él sueña con ser Dios para poder destruir el Universo : ¡El sueño del superhombre !

A. VIDAL Y PLANAS

Los juguetes

PERMITIDME que por esta vez me sienta niño. Nada tan hermoso y tan consolador en estos momentos de rabioso materialismo, como tomar un baño de infantil inspiración, de sinceridad y de inocencia, perfume supremo de la agria fruta de la vida. No sé si he soñado o leído en alguna parte que hablaba yo con una niña de cinco años, vecina nuestra, la cual visitaba por turno todos los pisos de la casa recabando un terrón de azúcar para su muñeca, y que, como la muñeca no lo consumía, los consumía ella. Mi esposa le daba dos terrones para que pudiera suponer que creíamos en su truco habilidoso aunque fomentásemos con ello la futura mentirosa, la cual nos correspondía explicándonos sus inquietudes de cerebro tierno, pero dúctil y abierto a la duda, y sediento de lógica.

Nos decía la niña que su mamá le enseña la Historia Sagrada, fijándole, como si hubiese estado presente, que Dios creó el primer día, el Cielo y la Tierra... el cuarto día los peces... el sexto día el hombre y la mujer... y que el séptimo día lo dedicó al descanso... Y ella no se mostraba muy convencida de la realidad de este relato, añadiendo: ¿Y cómo se puso a descansar sin haber creado las muñecas? ¿Qué día, pues, creó Dios las muñecas y los juguetes?

Esta niña tenía razón; seguramente son los libros sagrados que deben estar incompletos, pues yo estoy bien seguro que, el buen Dios, que piensa en todo, no se olvidó de fabricar una muñequita siquiera con la cual pudiera distraerse tranquilamente nuestra madre Eva, mientras esperaba el nacimiento de sus extravagantes hijos. Y aun me atrevo a decir que, como obra divina, esta muñeca debió de ser de una perfección y belleza inauditas, que andaba, cerraba y abría los ojos, decía papá y mamá, y hasta asesinaba a su hermana. Después de todo, ¿por qué no?, pues no hay nada imposible para el poder divino. Además, es lógico lo que ha escrito Anatole France: « la primera muñeca debió de ser compañera de la primera niña y aun de la primera mujer ».

En todos los tiempos y en todos los países, se encuentran juguetes donde se encuentran niños. Siempre éstos han tenido necesidad de prepararse, jugando, para sus trabajos y sus distracciones de hombres. En la Edad de Piedra se podría comprar, seguramente ya, en determinadas cavernas especiales, mamuts, diplodocus, Ursus speleus o hippariones en miniatura, cortados en piedra o en ma-

dera, para distracción y juego de los niños prehistóricos.

Desde entonces las cosas han evolucionado y han tenido lugar progresos maravillosos en todo, y también en materia de juguetes. Pero no debemos indignarnos ante la variedad y complicación espantosa de los juguetes que podemos ofrecer en el día de hoy a nuestros nenes y nuestras nenas, ni debemos levantar los brazos diciendo: Es horrible, no sabemos ya qué inventar para estos pobres chicos, cada vez con más complicados deseos, pretensiones más variadas y gusto más refinado. Siendo así que no son los pobres chicos los que han complicado sus gustos, sino que somos nosotros, con el delirio de la competencia y la locura de la originalidad, quienes lo hemos transformado todo en este sentido.

Mientras nuestros antepasados vivieron casi sin moverse de su sitio, ocupados en sus sencillos negocios y con escasa comunicación con el mundo, la imitación a lo vulgar fue el objeto de los juguetes, y unos pedazos de madera burdamente tallados y unos trapos descoloridos, bastaban a las niñas y niños descritos por nuestros clásicos para satisfacer sus ansias de goce.

Pero los ferrocarriles aparecieron y fue necesario construir rápidamente modelos reducidos para que los manejaran los ingenieros de diez años de edad. Después vino el automóvil y cada niño ha pedido su correspondiente coche hecho con hojalata, pero de apariencia suntuosa. Después vino la electricidad, el teléfono, el fonógrafo, la telegrafía sin hilos y la aviación... Y los pequeñuelos sintieron bruscamente una imperiosa e irresistible vocación de ingenieros y no se les han podido negar los juguetes que les podían preparar para ser mañana hombres en armonía con su tiempo.

Ha dicho el célebre filósofo y moralista francés del siglo XVI, Montaigne, que los juegos no son realmente juegos en los niños, sino sus acciones más serias y trascendentales. Por eso es que ellos construyen gravemente y con toda seriedad un puente colgante por encima del paragüero o por debajo de la lámpara del comedor, mostrando gran enojo si se los molesta, porque están convencidos de que realizan un trabajo importante.

Una compañera decía hace poco a un amigo nuestro: Ya no existen niños... Acabo de escuchar a mis dos nietos de cinco años y seis años respectivamente, que jugaban sobre las rodillas de la niñera, y que nada menos hablan de automóviles. Y nuestro amigo le respondió que lo raro habría sido que hablasen de coches de postas.

..



la invención y de gusto en la ejecución. Al visitar las fábricas de muñecas sale uno maravillado. Escultores de uno y otro sexo, pintores delicados, costureras y modistas expertas, peluqueras y otras especialistas que trabajan con gusto sorprendente preparando las hijas de nuestras hijas y las labores trascendentes de nuestros hijos.

De una ilustre escritora hemos de reproducir el bello concepto de que hay dos clases de juguetes: los enteros y los rotos. Los más divertidos son los rotos, y la prueba es que todos los niños los rompen. Debemos sin embargo proporcionar a nuestros hijos — dice otra autora — bellos juguetes, muñecos y cosas graciosas, espirituales y de buen gusto, pues en su vida ya tendrán ocasión, pobres criaturas, de ver cosas feas y presenciar panoramas desagradables.

..

Todo lo anteriormente escrito no ha sido más que una preparación para llegar un poco preparados al punto culminante de la cuestión que nos ocupa, y de la cual, intencionadamente, no hemos dicho ni una palabra. Nos referimos a esa plaga social, a ese infanticidio cruel, a esa industria criminal que constituyen los juguetes bélicos.

Llegó, sí, la época del ferrocarril, del automóvil, de la aviación, de los tipos académicos y del arte en todo su esplendor, pero llegó también, por desgracia, una vez más, la época de la guerra, de los cañones, de los acorazados, de los tanques, de los fusiles automáticos y las bayonetas, de los paracaidistas y de la bomba atómica como coronamiento de la barbarie. Llegó también la época de los apaches y de los gangsters, de los robos a mano armada en plena luz, de la audacia increíble, del desmoronamiento completo de toda moral, y he aquí sus terribles consecuencias.

Los niños ya no hacen graciosas construcciones en las arenas de playas y jardines, sino que forman trincheras y abrigos de ametralladoras donde colocan las miniaturas de armas que, por todas partes se encuentran.

Ya no se ejercitan en elegantes luchas cuerpo a cuerpo, que les confundan en lazo de amor y les desarrolle sus tiernos músculos gradual y suavemente, sino que se acometen en plan de bozeadores y se hacen sangrar las narices a puñetazos, mientras los compañeros espectadores los vigilan con imitaciones de pistolas de fusiles-ametralladores, de bombas de mano, o de dagas en el cinto.

Las niñas ya no visten a sus muñecas de aldeanas ni de princesas, sino que las disfrazan de enfermeras o de monjas para estar de acuerdo con el plan de los niños.

Incluso organizan batallas los soldados de siete u ocho años de edad, y ejercitan con ardor para llegar a matarifes de hombres perfectos antes de que les apunte el pelo de la barba.

Todos hemos leído con horror la descripción que hace nuestro admirado escritor de raza Pérez Gal-

dós, en el primer tomo de los Episodios Nacionales, titulado « Trafalgar », del juego de los niños en la Caleta de Cádiz, que se entretienen en hacer combatir barcos de corcho de dos palmos de largo, armados de cañones fabricados con tubos de caña y cargados con piedrecitas y « dos cuartos de pólvora que iban a comprar a casa de la tía Coneja ». Y los chicos no se cansaban de decir que, como los hombres, hacían combatir los barcos, como los hombres los llenaban de soldados, como los hombres los abanderaban; pero los chicos hacían estas banderas — dice Galdós — con el primer trapo sucio que encontraban en el estercolero.

Y si nos asustábamos leyendo esto en las postrimerías del siglo pasado, hoy no nos asustamos ya, porque los chicos han ampliado su programa y agravado sus procedimientos en la escala y condiciones que hemos consignado.

En Barcelona un grupo de románticos nos dedicábamos, hace años, a comprar juguetes bélicos en las ferias y destruirlos en presencia del público, repartiendo, en cambio, juguetes pacifistas. Esto terminó porque aumentaba considerablemente la oferta de juguetes bélicos, y nuestra labor resultaba contraproducente.

Lo cual indica que ésta es una labor social, mejor de acuerdo internacional, fomentando a su vez un idioma universal y pregonando moral a todas horas, en libros, en revistas, en espectáculos, en escuelas y en el seno de entidades y familias.

Estimamos que de no tomarse esta determinación, la humanidad se convertirá en un monstruo que se devorará a sí mismo, es decir, que es antropofagismo será un juguete más al servicio de los más fuertes o más desaprensivos.

No tenemos lugar para detallar las entidades que más obligación tienen de organizar esta campaña, pero ya que ellas no lo hacen, ni lo harán, sigamos predicando hasta que surja el imponderable, el elemento desconocido que realice esta grandiosa y bienhechora obra de humanidad.

Entre tanto, esperemos sentados y Santa Desintegración atómica nos proteja y nos guarde.

ALBERTO CARSI



RIDRUEJO, CAMISA VIEJA

El artículo que publicamos a continuación es un comentario sobre «Escrito en España» que Manuel de Rivacova publica en «Universidad», número 54, de Santa Fe (Argentina), y que por ser de interés reproducimos. (N.D.L.R.)

EL amor y el dolor de España y la preocupación hiriente por su presente y su futuro nos hacen interrumpir con presteza lecturas y estudios específicos para abalanzarnos con avidez sobre cualquier nueva publicación que aparece relativa a los problemas españoles. Esto es lo que nos ha pasado ahora ante el libro «Escrito en España» por Dionisio Ridruejo, que ha llegado a nuestras manos casi juntamente con dos obras de la importancia de «La guerra civil española», de Hugh Thomas, y en particular, «El laberinto español» (Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil), de Gerald Brenan, así como el resto de los libros con que se han iniciado dinámicamente este año en París la juvenil, valiente y meritoria editorial «Ruedo Ibérico», relativos, todos ellos, a las cosas vivas de España; lo cual, en su conjunto, nos ha suministrado asaz material de lectura y meditación, y, también, de repulsa y de temor por un lado y de consuelo y de esperanza por otro.

Aquellos sentimientos más desagradables y menos prometedores están circunscritos, por lo que hace a los libros de que damos cuenta, tan sólo, afortunadamente, al de Ridruejo, «camisa vieja» —como en lenguaje de Falange Española se llamaba a cuantos pertenecieron a ella antes del 18 de Julio de 1936—; propagandista muy eficaz de la misma, así como de la sublevación contra el pueblo español y su República; jefe de la Falange provincial de Valladolid, una de las más sanguinarias de España; consejero nacional y miembro de la Junta política de partido único de la España franquista, cuando los diversos grupitos que habían participado en el alzamiento fueron unificados en Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacional - Sindicalistas, y Jefe Nacional de Propaganda en el primer gobierno de Franco, cargo que equivalía a jefe supremo de la censura —tan radical en aquella época— en el interior de España. Para no omitir nada, hay que consignar también que, posteriormente, luchó al lado de los alemanes contra los aliados, rompiendo después sus lazos oficiales con Falange y siendo confinado como consecuencia de algunas diferencias con la dirección suprema del régimen, mas con tan laxa vigilancia y amplia tolerancia que podía moverse a voluntad, llegando a entrevistarse con el Jefe del Estado en la residencia oficial de éste durante su situación jurídica de confinado y sin haber sido objeto de una autorización formal. Más tarde, ya en total libertad, volvió a trabajar para Falange,

aunque formalmente no militara ya en ella, y a entrevistarse amigablemente con Franco varias veces, para acabar yendo a la cárcel por muy corto plazo a causa de leves y siempre muy cortesanías actividades contra el régimen y, por último, formando —a su decir— un «Partido Social de Acción Democrática», de carácter opositor y, por tanto, clandestino, que —en verdad— no ha dado más efectivas señales de existencia que las muy frecuentes manifestaciones, declaraciones, etc., hechas por su fundador con gran sentido propagandístico —hay que reconocerlo—, tanto como habilidad —es innegable— para confundir y desprestigiar a la auténtica oposición española (la republicana sensu lato) e impedir cualquier acción eficaz contra las fuerzas reales que sostienen al régimen de Franco, de suerte que no ha merecido de éste más que la no muy abundante persecución verbal y las mínimas molestias personales imprescindibles para conferirle alguna autenticidad en su presentación y pretensiones.

Con estos antecedentes, su libro no podía ser sino «un acto político», según él mismo explica con toda claridad al empezar (pág. 7). Y como tal acto político, se reduce a postular —cual única salida viable para España, de su presente situación— la restauración de una monarquía confesional, que llevaría a cabo las mismas fuerzas sociales que sostienen al régimen actual: la burguesía capitalista, la iglesia católica y el ejército, especialmente el último. La monarquía, por su parte, centrada en el «rey legítimo» —así lo llama, pág. 302—, realizaría la remoción política y social del país, estructurándolo conforme un patrón de extraña democracia corporativista —por más que, naturalmente, el autor no emplee esta palabra— que traza, y lo integraría —en lo cual debería éste intervenir de algún modo que no precisa—. En contrapartida, la única pero a su ver suficiente garantía de que la monarquía habría de comportarse así y no en un sentido continuista, de prolongar a todo trance el estado de cosas existentes, sería el temor a la revolución que de otra manera habría de generarse.

Con la independencia de que el temor más bien suele obrar psicológicamente de freno inhibitorio o de mecanismo de reacción que de estímulo para proponerse y realizar vastos programas de reformas racionalmente madurados y decididamente emprendidos, así como de la incoherencia —en el plano teórico y mucho más en el terreno de los hechos y las realidades— de los elementos que integran su programa, cabría recordar al señor Ridruejo dos cosas, ninguna de las cuales puede ignorar: la total, absoluta, confesada, reiterada, evidente compenetración de la iglesia católica con el Estado actual, puesto constantemente de ejemplo ideal por aquélla; y que el actual pretendiente al trono de esa monarquía que él propugna —y lo mismo el ex-rey, su padre—, proclamó durante la guerra 1936-39 que deseaba ser considerado simple-

mente soldado del general Franco, llegando el primero a entrar en España en aquella época dispuesto a ir al frente, lo que no ocurrió porque —por razones no conocidas— fue rechazado. El propio pretendiente «poco antes de la caída de Mussolini... anunciaba a los españoles su intención de ofrecerles un régimen semejante al que tan excelentes resultados había dado en Italia» (Alfredo Mendizábal, *Hilo de Ariadna*, en *Ibérica*, volumen 10, núm. 6, New York, 15 de junio de 1962, págs. 3-5, cfr. Pág. 4). Ningún secreto han constituido después para nadie las íntimas vinculaciones de toda laya entre los partidarios y representantes de la pretendida monarquía y el actual Estado español, ni la provechosa simbiosis que en lo más profundo y vital existe entre ambos; y para que no se arguya que nos basamos en conjeturas ni que citamos hechos viejos, todavía después de publicado el libro que nos ocupa, en declaraciones al director del diario de Caracas *«El Mundo»*, publicadas en París por *«Combat»* y *«France-Soir»* el 21 de julio de 1962, el conde de Barcelona —título que usa en pretendiente— ha manifestado que la dictadura del general Franco fue necesaria. De todo lo cual se deduce una nula disposición de espíritu de la monarquía para marchar en la orientación señalada por el autor, sin que por ello se le pueda tachar de inconsecuencia, antes bien, todo lo contrario. Inconsecuente es la actitud del monárquico que pretende que la monarquía se separe de una situación que colaboró costosisimamente a crear, con la que está consubstanciada y de la que, en definitiva, vive; como lo es la de un confesional cual el señor Ridruejo al tener una situación política salida de una guerra de Cruzada concluida a favor de la buena causa, situación que por lo demás responde plenamente a las exigencias religiosas que él comparte, y aspirar, sin embargo, a reformas que por fuerza han de modificar esa configuración ideal.

Tales incongruencias a un lado, para fundamentar el programa de acción que queda delineado, el señor Ridruejo parte de muy remotos antecedentes y se enfrasca en muy morosos análisis, procurando empeñosamente revistirse de una gruesa apariencia de objetividad y utilizado para ello un estilo cuidadosamente impersonal. Tal proceder —cuando se trata de un tema candente en que se ha ido y se espera seguir siendo protagonista principal, y no en un estudio teórico desinteresado, sino en un programa de acción concreta— más bien denuncia lo contrario; y, efectivamente, muchas veces se llega así en el libro, particularmente en la primera mitad, a expresiones ambiguas y sibilinas y con mayor frecuencia a párrafos y alusiones elípticas y sumamente oscuras, que encubren o defiguran la realidad y reclaman una especie de buscapié. Ejemplifiquémoslo con el encomio que hace del ministro Girón en la página 108 o su referencia en la 145 al señor Sánchez Mazas: sólo el muy conocedor de los hombres y los hechos puede adivinar de quién se trata, mas el no citarlos y la oscuridad de la alusión le permiten desfigurar libremente la realidad. Pues todo el mundo sabe que el primero de los nombrados

fue justamente la antítesis de lo que él da a entender e incluso que personificó las facetas más ingratas del régimen, y mucha gente conoce la nada airosa situación política, hasta en sus próximos compañeros y quienes al principio lo consideraron un limitado margen de confianza, del segundo.

Es claro que con este designio y tales métodos se vea obligado a incurrir en más de una falta de lógica y, sobre todo, innumerables desfiguraciones de la verdad. Por corroborarlo con algunas anotadas al leer sus páginas, el noble retrato que dibuja de José Antonio Primo de Rivera (pág. 11) en nada condice con la silueta real del jefe de un Movimiento cuyas tácticas favoritas consistían ya antes de la guerra en el atentado personal contra sus enemigos o, en el mejor de los casos, hacerles ingerir una buena dosis de aceite de ricino; y hay que tener en cuenta que en la misma página confiesa que en la Falange su jefe lo era todo. En la 14 intenta una reivindicación de la Falange vallsolletana, cuya más saliente característica queda señalada. Nadie ignora que es incierto que el gobierno no reaccionara ante la muerte de Calvo Sotelo, como él sostiene (pág. 74); aunque se comprende que a quien haya estado imbuido de los expeditivos procedimientos empleados en la zona franquista no le quepan en la cabeza las limitaciones y los procedimientos legales de un Estado de derecho. Magnifica la represión ejercida por el bloque republicano, «de la venganza popular, con frecuencia orgiástica y truculenta», mientras asegura que en el otro lado no se trató al comienzo más que de «acciones punitivas contra las resistencias u hostigaciones probables» (página 93, cuando de todos es sabido que en su zona desde el primer momento se desencadenó el furor homicida tremendo, indiscriminado, cruel y sangriento y verdaderamente espectacular y orgiástico. Cuando en la página 86 y en otras habla de un falangismo liberal y se sabe a cruda oposición a todo lo que significara liberalismo con que la Falange se levantó, hay para dudar de la fidelidad de todo el discurso a las leyes lógicas; y otro tanto ocurre cuando se leen sus expresiones sobre un socialismo y un liberalismo católicos (páginas 145 y 165), estando el liberalismo y el socialismo formalmente condenados como están por la suprema jerarquía católica. Totalmente inexacta es la interpretación que da de la quema de iglesias en mayo de 1931 (pág. 163); de todo el mundo es conocida la génesis de tales acontecimientos, bien distinta y hasta opuesta a la que él explica, e igualmente al comportamiento del gobierno en aquella ocasión, y quien no lo recuerde puede hoy refrescar la memoria en el libro de Indalecio Prieto, *«Cartas a un escultor»*, publicado en Buenos Aires (Losada, 1961, págs. 46 y sigs.). No desperdicia la oportunidad de desacreditar a la República y su obra, no citando siquiera lo mucho positivo de la misma y deteniéndose y volviendo extensamente sobre lo que considera menos fácil de atacar, y poniendo especial empeño en presentar como totalitarios los amplios grupos sociales de

que era expresión, siempre con un estilo estudiantemente frío y comedido, deliberado, para lograr mayor efecto; y así es como se recrea en atacar la reforma agraria y no vacila en calificar de totalitarias a las organizaciones obreras españolas anteriores a la guerra (pág. 213). Con la misma inquina consigna expresamente el terrorismo de la Federación Anarquista Ibérica (pág. 263), como si hubiera sido el único objetivo y la única tarea de ésta y sin hacer mención de otros terrorismos que hubieron de obligarla a recurrir a tal expediente como supremo medio de defensa. Por ende, se entiende que a cada paso hable de las «desmesuras revolucionarias» de los sectores progresistas españoles (v. gr., pág. 227), y que ponga especial interés en recalcar lo intrascendente de su labor después de 1939 y su nula gravitación actual en España, sin olvidarse de calumniarlos con alguna habilidad (pág. 303) ni de insultarlos abiertamente (pág. 113, dos últimas líneas), sabiendo como jefe de propaganda el efecto disolvente de ciertos calificativos. Por otra parte, sólo a un absoluto desconocimiento de realidad puede atribuirse (si no queremos cargarlo a un propósito de falsearla) afirmar — como hace insistentemente — que el régimen surgido de la conflagración «obtuvo una extensión considerable de crédito o adhesión popular» (pág. 127), cuando lo cierto es que ni era posible, ni la necesitó, ni la recabó; que la juventud opositora ha salido de las filas falangistas (pág. 239); que las fuerzas más reales de la oposición sean las que indica en la página 267; la dignidad moral que al final de la 291 asigna a cierto sector, o la alarma a que se refiere a mitad de la 16.

No obstante, si tenemos presentes su particular posición y su finalidad, se comprende que tales pecados contra la verdad son inevitables y hasta carece de sentido señalarlos. Por un lado, por lo que puedan tener de deliberados en un escritor y político que confiesa seguir la máxima maquiavélica, jesuítica o comunista — de que el fin justifica los medios (pág. 94); y de otra parte, por lo que puedan responder al mecanismo inconsciente de transferir o extender el sentimiento de la propia culpabilidad para, así, librarse de él: tal, por ejemplo, cuando en las páginas 94-95 comete el feo tropo de tomar el todo por la parte, hablando de la que llama «generación fratricida»; cuando insiste en la importancia del miedo como motor de acción política, aunque en algún caso no carezca de razón al imputárselo a los demás (página 248), o cuando en la 296 atribuye a otros una actitud de «candidatos para la vendimia» en que él mismo está. Así explica también, la constante preocupación por identificar las dos zonas contendientes en la mentada pugna bélica (vide, por

ejemplo, pág. 83) y, sobre todo, por exculpar a la Falange (ibidem), planteando sus aseveraciones la cuestión de qué fuerzas o sectores realizarían principalmente la represión, represión que ni él mismo se atreve a negar y cuestión verdaderamente insoluble si se aceptan sus afirmaciones acerca del proceder falangista.

Obra destinada a justificar y salvar cuanto sea posible de la situación actual y a tratar de asegurarle un futuro que importe los menores cambios que se pueda de estructura social y política, sin ninguna solución de continuidad que suponga una honrada y auténtica consulta a la voluntad popular, es natural que se haya publicado fuera de España buscando su público lector principalmente entre las masas de exilados y cuantos siguen de cerca el curso de la vida de aquel desdichado país, a fin de introducir en ellos un elemento más de confusión que los desoriente e inmovilice para actuar en un sentido verdaderamente opositor que impida llevar a la práctica los planes de continuismo del presente estado real de cosas bajo un simple cambio de formas el día que las circunstancias lo hagan inexcusable. Que, en parte, lo ha logrado, se hace evidente leyendo algunas críticas que el libro ha merecido, como la aparecida en el núm. 1.229 de «España Republicana» (Buenos Aires, julio-agosto de 1962). Cuesta, sin embargo, creer que lo consiga respecto al grueso del pueblo español que, diversamente de ciertos individuos aislados y de sedicentes dirigentes, nada puede esperar de un proyecto cual el que él les delinea. Y cuesta más, todavía, comprender que una obra de este carácter haya podido ser publicada por una firma del bien ganado prestigio editorial y de limpia significación liberal de Lozada, que la ha incluido en su acreditada colección «Cristal del Tiempo».



Ver en calma un crimen es cometerlo.

JOSE MARTI.

CONOZCAMOS

LA COLECTIVIDAD DE GRAUS

ALGUNOS hermanos de la hoz y el martillo — vanguardia de la contrarrevolución en nuestro país — sacaron a los miembros del Consejo de Aragón, cuando a Mantecón y a Lister se les mandó por prikase a destruirlo; sacaron, digo, a los miembros del Consejo de Aragón el motejo de los requisadores de jamones.

Para que hiciera el efecto venenoso calculado la maligna especie, se echó a volar el « canard » de que, en los almacenes de la Intendencia general de Aragón, habían sido decomisados no sé si medio millar de perniles. Y ya tienen ustedes a todos los desahuciados de trastiendas y sacristias, imaginándose al Consejo de Caspe en juerga permanente, cortando lonjas de anca de cerdo y regándolas con Cariñeno de 18 quilates.

Como los curas de misa y olla — más de olla que de misa, de misa cantada y de olla decantada — han hecho siempre la vida entre las nalgas del puerco, la grupa de la casera, el pechillón o piche-lón del morapio, la escopeta de caza y la mesa de tresillo, más sagrada que la eucaristía, pues ¡justo! Los revolucionarios no conocían otra « Imitación de Cristo » que esas también.

Hay propietarios en Barbastro y en Monzón — de los de medalla al hombro y santocristo o rosario al otro hombro — que se recorre solito a golpe de diente cincuenta kilómetros de morcillas en un invierno. Médicos y boticarios — ¡vaya peines! — llevan la cuenta de sus fartallas — que dicen allí — por el número de perdices que pluman o de liebres y corderos que despellejan y se zampan cada año. « Ya voy por la pieza 150 », dicen con un estremecimiento de toda su adiposidad, cuando han coronado esa soberbia cifra.

Y bien. Los exterminadores de porcino y los arri-mados al lacito de la cola del chanco, son éstos. Y los que quisieran heredar el porrón y el trin-chante de esas lifaras o farras aquí, como en Rusia, son los zares color guindilla de nuestra estepa.

El Consejo de Aragón, muy al contrario, fue casi la única construcción y creación seria y durable de la Revolución española de 1936. Aunque el Consejo, por las rutinas y las infiltraciones bastardas que hubo de padecer, tuvo una estructura burocrático-ministerial, no asumió nunca esterilizadoras facultades de Gobierno, sino que actuó como una Administración económica y como un Comité revolucio-



La edificación de

nario y de guerra. Lo propio que las Colectividades aragonesas, de que el Consejo sembró la región.

Aragón fue vertebrado por institución tan sabia federalmente. Y sin crustáceas adherencias de aparato gubernamental de clase alguna. La producción se colectivizó en todos los pueblos. Y la Junta y el Secretariado de la Colectividad responsabilizáronse con plenitud de capacitación y solvencia y de modo exclusivo, de todas las funciones, que desempeñaron a entera satisfacción de los vecindarios respectivos.

Las veintiuna comarcas aragonesas controladas por la Revolución, federaron sus colectividades locales, rigiéndose las primeras por una Comisión Administrativa supervisora. Las Federaciones Comarcales se confederaron en un organismo superior, en

Indicios de oprobio

LAS

EN el promedio de la cuesta del Romero hay un boquete apenas practicable con salida a la fábrica de fósforos — a una de ellas porque son dos — y a las cuevas.

No se me acuerda la entrada principal de la fábrica en este momento, ni la de las cuevas tampoco : por el boquete entré a los dos sitios siempre.

Ambas fábricas son antiquísimas y la que más de España diz que la de Garro, menos escondida que la de Guelbenzu, en la parte baja del pueblo.

Nadie de ayuntamiento propuso construir una ciudad-jardín donde están las cuevas. Terreno de sobra hay allí misma, si bien costeroso, aunque allanable.

Espeluncas, no — ¡qué vergüenza! — por más que afirman haber incluso confort en algunas de ellas.

En la región aragonesa del Jalón, rica de suyo, existen localidades enteras de cuevas en las que no falta el menor detalle de comodidad y por eso son habitables.

¡Qué sé yo!... Veo el asunto con el prejuicio de la disnea.

Lo menos que de las cuevas puede decirse es que atestiguan miseria y que responden a un medio de vida incivil y troglodítico.

¡Mira que si fuera terreno de sismos iban a llevar las cuevas buen paso!... Aunque todo sea, ¿hay luz natural, hay aire puro, hay profilaxis en los subterráneos guzpátaros?

Dan la sensación de no ser personas como las demás de sus habitaciones.

Todos nos pareceríamos si por igual fuésemos unos miserables. Entonces no habría dicho Scho-

A SAMBLANCAT

los demoledores

contacto con la Consejería de Economía y Agricultura de la alta Gerencia de Caspe. El eslabonamiento de centros administrativos se hizo de abajo a arriba, de la base a la cúspide, por el más riguroso procedimiento democrático. Y no cabe duda de que, sin las estorbosas interferencias de Barcelona y Madrid, el propio Consejo General de Aragón se habría autodisuelto, no quedando la armazón ósea del país constituida más que por las Colectividades, quiero decir, por los respectivos gremios laboriosos, como es de razón.

En la planta baja del edificio tan galán, o sea en las Colectividades locales, el régimen en que se vivió durante un bienio fue el de comunismo libertario más puro.

CUEVAS

penhauer : « si un Dis ha hecho este mundo, yo no quiero ser ese Dios : las miserias del mundo me desgarrarían el alma ».

Viejos encorvados que ya no pueden trabajar y viven de merced en cubiles. Gente desposeída, paupérrima, hecha a colaciones de la Conferencia de San Vicente de Paul, más o menos frecuentes. Reciben artículos de boca inferiores y ropas burdas con las que asisten disfrazados a los entierros y a las procesiones (por algunos sitios no ha pasado aún la Sociología).

Cuando enferman disponen de médicos y medicinas de la beneficencia (cara de bruja tiene) y sepeleo de hoquis. También las damas de la Conferencia de Paul giran visita, no tanto por caridad como por entrapelia.

Habrà que ver el concepto que forme de las cuevas un extranjero. Urge demolerlas y poner en condiciones de vida moderna a las personas.

Con no menos razón, hace años, abogóse por la desaparición de las picotas (hombrado es el rollo de Ecija), signo de barbarie y afrenta a la entrada de los pueblos, lo cual en bastantes de ellos logróse. Tener piedra en el rollo, punto de reunión de inagnates, era indicio de categoría.

Con la cueva de Montesinos del Quijote y con la de Cervantes en Argel — donde los libertarios colocaron una placa que fue robada y por desidia no ha sido repuesta... ni lo será —, hay suficiente.

Digna de visitar es la Cueva de Altamira, en Santander o San Emeterio, según dice Unamuno.

Espeluncas, no; cúspides.

Fraga, Binéfar, Tamarite, la ribera del Cinca y, sobre todo, Graus, dieron a la Humanidad ejemplos que no serán olvidados nunca.

Graus desde un principio, y una vez limpiado su suelo de « fachas », se orientó lúcida y audazmente, poniendo proa en franca dirección al alba nueva.

El Ayuntamiento, si no fue abolido, quedó completamente al margen de la vida local no papiracea. Las iglesias fueron elevadas a la categoría de almacenes de abonos, aperos y semillas, después de desahuciar de ellas a curas y a santos. Se anuló el valor de la moneda. De la propiedad privada quedó escaso recuerdo. Al comercio particular lo sustituyó con ventaja una flamante Cooperativa. Se socializó la tierra, la ganadería, el transporte, la industria alpargatera, los talleres artesanos, las profesiones liberales, los molinos aceitero y harinero. Se montó una formidable granja avícola, y otra lechera y productora de carnes. Se compraron tractores y un utillaje mecánico industrial y agrícola, modernísimo. Y se abrió una Escuela de Artes y Oficios también. Cada una de estas medidas adoptóse en asamblea abierta de la Colectividad, con libertad absoluta de palabra y de iniciativa, para pedir cuentas y proponer mejoras. La actividad comunal regulábala una potente sirena, que marcaba las horas de entrada al trabajo y de suspensión del mismo. Se excluyó de toda clase de labores, que no fueran escolares, educadoras y desallanabetizadas, a niños, viejos y mujeres embarazadas o que estuviesen criando.

Graus tiene unos 3.000 habitantes. Al año de funcionar la Colectividad, poseía ésta en sus granjas 6.000 animales de engorde y más de 4.000 aves. Había carne y leche, pan y vino, huevos, aceites y frutos, alegría, cultura y salud para toda la población. Cada vecino recibía la misma ración de víveres. Ni con un candil se habría encontrado un par de brazos que estuviesen ociosos. Ni tampoco un servicio público, caminos, limpieza urbana, alumbrado, fontanería, lavadero, desinfección, etc. — que no se atendiese debidamente. Sobraban productos del suelo para intercambiar y abastecer los frentes de batalla.

En fin, la estatua de Joaquín Costa, que se alza en la calle del Barranco, frente a la mole ciclópea del Morral, no tuvo mas remedio que desarrugar el ceño adusta y sonreír a sus hijos.

ANGEL SAMBLANCAT



PUYOL

Un pasado que no pasa

Elevemos la A.I.T.

ESTE trabajo es un ruego a los amigos y un convite a la meditación. Se han dicho cosas dolorosas motivadas, sin duda, por un hondo pesar. Fue en España donde empezamos a sospechar de la eficacia de nuestro organismo universalista y esta circunstancia nos adentró en el callejón de la amargura por ser nuestra situación desesperada. Barruntábamos la proximidad de la « horrible catástrofe » de que Peiró hablara, y la catástrofe se presentó sin que la Internacional de nuestras simpatías pudiera acudir con un remedio efectivo. Ello certificaba una cosa: la impotencia internacional del anarcosindicalismo por causas que afectan a la moral de las masas, tan amasadas y amorfas, que las hemos podido considerar peso muerto.

De acuerdo con esta definición — que reconocemos pesimista — podríamos dejarnos llevar de los nervios y decir con voz de trueno: « Basta ya de A. I. T. Por haber fracasado la condenamos a morir ». Y bien. La casa puesta en derribo, ¿qué es lo que haremos ahora? ¿Cruzarnos de brazos y aguantar tranquilamente, estúpidamente, que el capitalismo organice nuevas carnicerías y siga entorpeciendo la solución del problema? ¿O limitarnos a criticar, desde la barrera, a la beatífica Federación Sindical Mundial?

No somos capaces de ello porque... porque gozamos del sentido de lo práctico. Imprecamos, le damos suelta al coraje, y después hacemos. Nadie mejor que nosotros trabajará para consolidar el nexo de relación entre los obreros revolucionarios del mundo. La solidaridad internacional es un bien que codiciamos, hoy más que nunca por haber resentido la crudeza del abandono. Por fortuna, nuestro corazón está en alto y nuestra furia de denuestos ya pasó. Venga, pues, la obra efectiva. A reivindicar la A.I.T., a amarla como es debido. ¿Quedan reticencias en pie? ¿Será necesario que digamos que hubo italianos y alemanes en nuestras filas, defendiendo a la C.N.T., y que no hubo españoles en Italia ni en Alemania para defender a la U.S.I. y a la F.A.U.D.? A buen decir, se trata de un defecto por insuficiencia general que no debería avergonzar a nadie más que a esos inavergonzables millones de obreros que adhieren y cotizan en centrales liderescas y vegetativas. Los que estamos « presentes » aquí y allá o en la otra parte de los mares, no podemos cargar con un tanto de culpa que corresponde a la incomprensión general.

Hay que reconstruir la A.I.T., organizarla como jamás pudo ser organizada. ¿Con cambio de nombre? No. Con uno u otro distintivo iremos a parar a lo mismo, a la reunión de los efectivos revolucionarios del mundo. No desechemos nombres de recia solera. Los hay actualmente que tratan de dar vida a una F.A.I. con nombre cambiado porque mirando al pasado se asustan de sí mismos. Como nosotros no estamos en el mismo plano, no tenemos motivos ni ganas de renunciar a un solo ápice

de idealidad ni a eso tan expresivo de Asociación Internacional de Trabajadores. Un cambio de postura puede valer un merecido descrédito, pero un cambio de nombre no variará la resultante de las actuaciones honradas. Si tres letras espantaran — como les ocurre a aquéllos — es que estaríamos acobardados ante la tarea que conviene emprender. Y el enemigo capitalista saborearía el triunfo conseguido merced a nuestro desaliento, gracias a la primera derrota por nosotros sufrida sin haber sostenido la batalla. Porque, amigos, hay que asomarse al exterior para comprender la desolación que nos rodea. Existe la F. S. M., ese hongo nacido en el bloque de la O.N.U., el cual se nos antoja algo venenoso. Se trata de 70 millones de hombres no malos, no indignos, pero completamente desorientados e inaptos para la comprensión que necesitamos. Con estos 70 millones de inscritos, la F. S. M. es nada, no arregla nada, ningún desdichado de la tierra recibirá su aliento corazonador. La F. S. M. no deja de sentir su peso en favor de los esclavos de colonias, ni en favor de España (¿discursos?; ya nos cargan los discursos!), ni de Grecia, ni señala siquiera el hambre de los parias italianos y trata a los obreros de Alemania con cara hosca y espínosa mano. Nada solucionará la Internacional reformista, incongruente, porque la mitad de sus efectivos obedecen a Londres y la otra mitad a Moscú. Eso no es una Internacional; eso es un rábano. Hubo reformistas que fueron a Londres con el corazón hecho unas pascuas para presenciar la Conferencia preliminar a la constitución de la dichosa F. S. M. Con todas sus ganas de transigir, de «evolucionar», estos compañeros no se atreven a valorizar la central mastodóntica. Tan aguada está, la pobre. Con 70 millones de afiliados, la A. I. T., nuestra A. I. T., no permitiría que Franco continuara en el Poder. Para que el tirano se tambaleara y cayera de bruces, habría sacudido las paredes del mundo. Y con menos millones, hubiera hecho igual.

A los dos años escasos de haber nacido, la F.S.M. ya contrajo méritos suficientes para ser condenada a desaparición. Nuestra A. I. T. puede cifrar su vida en la muerte civil de aquella. Los obreros del mundo no deben ser tan ciegos que no comprendan nuestras razones y nuestro inmenso dolor, el dolor de los españoles y el de los obreros de media Europa. Y, si a pesar de nuestras verdades dejan a nuestra central en mantillas, se puede igualmente adelantar. Un solo puñado de judíos mantiene en jaque a una nación poderosa y arrolladora. Naturalmente, judíos los hay por todo el mundo; pero internacionalistas de nuestra cepa también. Los barcos que hacen el comercio con Franco podrían hundirse y esto haría meditar al capitalismo y ensombrecer la economía del fascismo hispano. La C.N.T. sabe que pocos pueden servir de mucho, y los cenetistas y los propios burgueses sabemos que no hay enemigo pequeño.

J. F.

ÉTICA ANARQUISTA

POCO antes de morir, cuando la pasividad de los pueblos le había hecho pronunciar palabras amargas, Bakunin manifestó la intención de escribir una ética. Tiempo, tranquilidad y salud le faltaron. Pero Kropotkin recuerda este hecho, y por él, en parte, explica las razones que le movieron a escribir la suya, a fundamentar, para el porvenir, la nueva moral humana, problema del que se ocupó en buena parte de su vida, y que engendró su aporte postrero. Incluso, como se sabe, murió estando plenamente entregado a esta obra.

Y es que se ha descuidado demasiado lo que se refiere a la conducta de los hombres. No en absoluto: en las distintas escuelas del socialismo, la anarquista, o libertaria, es la que más se ha preocupado de cuestiones morales. Por esto, Proudhon no reclamaba la transformación de la sociedad sólo en nombre del derecho económico, sino en el de la justicia. Y basta releer a los dos grandes teóricos rusos ya mencionados para ver que es en nombre de sentimientos humanos, de la conciencia humana, de principios éticos eternos que se levantaron contra la explotación y la opresión del hombre por el hombre.

En cambio, Marx, sus amigos y continuadores, fundaron el llamado socialismo científico sobre la evolución a su juicio fatal del capitalismo, sobre la técnica de producción, sobre los hechos que mecánicamente debían producirse, y llevaba inevitablemente al socialismo estatal primero, no estatal después. En la larga controversia sostenida entre la importancia debida al factor hombre, a la voluntad, a la conducta humana. El factor moral, espiritual, estaba colocado en primer plano.

Y lo ha sido siempre. Prácticamente, hemos tenido, y tenemos, millares de compañeros nutridos de esa savia anarquista, de esa cultura espiritual que han hecho de su vida un apostolado, un claro ejemplo de perfección. Cultivarse personalmente, ennoblecerse, elevar su yo tan alto como se pueda alcanzar, vivir lo más posible de acuerdo con sus ideas, no explotar, no mandar, no mentir, juzgar con tolerancia y ecuanimidad, hacer que en las relaciones la comprensión y el libre acuerdo sustituyan al mando autoritario y a las falsedades del jesuitismo, aprender cada vez más para elevarse a la dignidad de hombre, para colocar el conocimiento, el dominio del intelecto y del espíritu por encima de los instintos gregarios y de los arrebatos de la pasión malsana, ser, en todo lo posible, la viva encarnación del hombre nuevo y de la sociedad nueva... Tales han sido las preocupaciones de muchos de los nuestros, de los que, desde la Primera Internacional, han constituido el fondo de nuestro movimiento en España y en otras partes.

Por esto, el movimiento anarquista es tan rico en autodidactas que se encuentran en él más que

en otras partes, en obreros y campesinos que, por tener personalidad propia, han pasado, en España, a través de periodos de represión tremenda y han resistido, y resurgido tantas veces, no por disciplina, sino por propio impulso. Por esto, durante el periodo 1936-39, estos obreros, estos campesinos de la base han salvado, para el porvenir, y contra desviaciones aterradoras, la honra de nuestro movimiento.

Pero periodos hay en que la ética se olvida, si no en todos los hombres, en una parte suficiente para que este hecho repercuta sobre el conjunto de la actividad. Periodos en que los acontecimientos han llevado a ciertas actuaciones alejadas de las ideas y de los principios que se defienden, y en que el predominio de esta actuación diaria, el imperio de la táctica o de lo que podríamos llamar la tarea política, imprime su sello en la acción, y en la moralidad profunda de los hombres.

Hemos vivido una guerra y una revolución. Guerra primero, y sobre todo.

Y Karl Kautsky que, como Rosa Luxemburgo, se preocupó también del problema moral en los postreros años de su vida, escribía que un periodo de post-guerra era poco adecuado para establecer un régimen socialista, por la desmoralización que toda guerra causaba en un pueblo.

Parte de verdad hay en esto, si bien bajo la pluma del teórico marxista alemán, esto podía constituir una justificación de su tibieza revolucionaria. Hemos vivido en Francia, durante la guerra última, esta desmoralización. Se vive en España, en Inglaterra, en Alemania, en el mundo entero. Las costumbres se han relajado, el respeto del bien ajeno ha casi desaparecido, el esfuerzo de producción ha disminuido, la especulación se ha universalizado. Porque, cuando la muerte acecha en todo momento, nos ha amenazado durante años, cuando se ha vivido para matar o morir durante periodos interminables, no pidáis a los hombres una conducta normal. Es preciso que la vida haya recobrado su normalidad para que reaparezca la ética general.

En todo periodo dramático y de sentimiento prolongado, hombres, mujeres y adolescentes están descentrados. Se ha constatado durante la Revolución francesa. Romain Rolland plantea en sus dramas casos dolorosos de esa época.

Hemos vivido tres años de una lucha desesperada, sufrido en dos frentes, perdido a muchos compañeros caros, amigos entrañables. Hemos conocido la cárcel, los campos de concentración. Estamos alejados de parientes, mujeres e hijos, amigos y compañeros supervivientes. Hemos perdido la guerra y la revolución. Nuestra obra ha quedado allí... Nuestras esperanzas de un pronto regreso han sido defraudadas. Y más que descentrados, desmoralizados. Cada país tiene sus costumbres, su ambiente propio, su moral. Quienes, y son muchos, no saben

adaptarse a estas costumbres, a este ambiente, a esta moral, viven por sí ajenos a la colectividad que les rodea. Y esta consecuencia tan frecuente del destierro, y los sufrimientos y los fracasos pasados, contribuyen a desmoralizarnos no sólo en cuanto se refiere a la acción, sino también en cuanto se refiere a la conducta personal.

Contra esto debemos estar en guardia. La fuerza del movimiento libertario reside ante todo en la moral de los hombres que la componen. No insinúo con esto que esta moral no exista en él. Quiero simplemente advertir que, si ciertos compañeros van perdiendo la esperanza de un rápido retorno a España, de una realización revolucionaria que a todos nos es más cara que nuestra propia vida, no deben por esto dejar de ser anarquistas y de comportarse como anarquistas. Y cuando es necesario, por encima de la razón social que les mueve o movía, deben poner el respeto de sí mismo, la propia dignidad, la elevación del yo sin la cual el anarquismo profesado es mera ostentación.

Estas consideraciones son buenas para todas las épocas, pero lo son más aún en una época tan llena de decepciones como la que vivimos. El sufrimiento envilece a los hombres. Sólo enaltece a infimas minorías. Y nosotros no escapamos a la condición humana normal.

Llamarse anarquista es fácil. Incluso lo es propagar, mal o bien, las ideas anarquistas. Comportarse como anarquista, es otro problema. La gloria de nuestro movimiento ha sido que durante muchos años hemos tenido más hombres capaces de comportarse como anarquistas que de propagar, con la palabra o la pluma, las ideas nuestras. Más rico era el acervo moral que el intelectual. La intelectualidad no es siempre sinónimo de moralidad. Se puede tener talento y cultura, escribir o hablar mucho y, éticamente, ser la encarnación de todo lo

que de malo combatimos. Se puede mentir, falsear hechos y textos con mucha retórica, incluso pseudo-libertaria, y obrar dictatorialmente al mismo tiempo. Y a la larga, la existencia así desarrollada deja, tras sí, mucho mal y poco bien.

He dicho, hace mucho tiempo, que el anarquista es, ante todo, un hombre de amor y no de odio. Hay quienes, porque hemos preconizado la violencia para destruir la vieja sociedad, han creído y creen siempre que cuanto más violentos, son más anarquistas. No llegaremos a la sociedad armoniosa que soñamos con semejante espíritu. No Construiremos una sociedad donde el respeto mutuo, el apoyo mutuo, la solidaridad, la fraternidad, la tolerancia, el amor sean los principios que informen a todos con hombres que, por la menor discrepancia, se yerguen como fiscales y se comportan como inquisidores. Tan pronto surge el odio, la artimaña, la condena basada en la deformación del pensamiento y del espíritu ajeno, surge la intolerancia digna de la inquisición, y la negación más rotunda la ética anarquista.

Fatalmente las diferencias de opinión deben engendrar confrontaciones. Pero confrontaciones hechas con la elevación, la altura de miras, que deben caracterizar a los continuadores de Kropotkin y de Reclus. Si esta moral no informara la conducta de los propagandistas del anarquismo, ¿para qué hablar de una sociedad nueva donde la armonía fuese la norma universal?

No olvidemos nunca, en nuestro comportamiento de hombres y en nuestra acción de militantes, el elemento ético. Sino todo nuestro aporte intelectual, nuestra acumulación de teorías, planes y estadísticas correrán la misma suerte que la de bellas muchachas que se hunden en el lodazal al caminar hacia el edén soñado.

J. VENUTI



El hombre es ala y hocico.

JOSE MARTI.

CARTA A MI AMIGO PASCUAL

ESTIMADO amigo : Ayer recibí tu carta. Según ella has ido en peregrinación a la basílica de Nuestro Señor Jesucristo, lugar consagrado por la cristiandad como un refugio de recuperación espiritual. Yo, francamente, no tengo autoridad ninguna para juzgar tu conducta. Tú eres hombre y sabes lo que haces.

Lo que puedo decirte al respecto es que allí acuden los buenos y los malos, los justos y los arbitrarios, los viciosos y los que están libres de toda contaminación pecaminosa. Unos van a clamar perdón porque se saben culpables; otros, a reafirmar su fe para encuadrar su conducta en las enseñanzas del Maestro, que predicó el amor, la justicia, el respeto mutuo y la libertad de culto entre los hombres.

Aquéllos, los culpables, se postran ante la imagen de Cristo, con la cabeza gacha, turbado el espíritu, temerosos de no alcanzar la gracia del Señor; los otros, con la frente despejada y la mirada límpida, clavan sus ojos en los ojos del Redentor, sin recelos ni temores, ya que cerca o lejos de su imagen proceden de acuerdo a los principios de la moral y la dignidad humanas.

Los arrepentidos, si son sinceros, saldrán reconvertidos y dispuestos a rectificar su conducta (disposición ésta que puede obtenerse sin necesidad de hacer peregrinaciones y peticiones a las imágenes santificadas), pero para los hipócritas que hacen su arte de la malicia, no ocurre lo mismo.

Tú debes saber, amigo Pascual, que el fingimiento no lleva la paz y la serenidad a los espíritus, sino que obra como estupefaciente... y las almas atormentadas no curan con alcaloides.

Por eso muchos pecadores están condenados a volver sobre sus pasos en cada recodo del camino, porque no limpian sus culpas en la fuente cristalina de la sinceridad.

Crean engañar al mundo cuando prometen enmendarse, pero los muy ingenuos apenas si consiguen engañarse a sí mismos.

Son los esclavos de las bajas pasiones, que conspiran contra la tranquilidad ajena y en contra de la propia felicidad. Crean que gozan dañando a los demás, pero sufren porque no alcanzan jamás el infinito placer que brota espontáneo de las acciones generosas. Viven atormentados por sus propios pensamientos que traducen los reproches que les grita la conciencia. Ni aun sonriendo son felices. Ni siquiera cantando están alegres. Sus canciones y sus risas suenan a hueco, porque están vacíos por dentro y carecen de expresiones altruistas.

Todos estos seres infortunados que acuden a ese lugar con ansias de obtener la absolución de sus pecados, se estrellan contra las sombras de sus propias falsedades y se enredan en las fermentadas exteriorizaciones sin conseguir siquiera un poco de alivio a sus pesares.

Pero más que culpables son víctimas, víctimas de la apostasía de los padres espirituales que negocian

con el apostolado, dando preferencias a los dogmas antes que a los principios doctrinarios. Sin embargo, podrían obtener lo que anhelan con sólo soltar el cerco espinoso, romper la coyunda oscurantista y disponerse para la reeducación. Aprenderían a reconocer como ficticias, interesadas y perjudiciales las promesas de perdón que se otorgan en los púlpitos y confesionarios, no sólo porque son ineficaces, sino porque envía a los pecadores induciéndolos a reincidir.

Con este criterio en marcha, el individuo se desembaraza de la influencia perniciosa de los doctores espirituales y adquiere un mayor grado de lucidez, corrección y responsabilidad. Advertía, entonces, que la absolución de los pecados es un comercio y no una solución, que se practica con fines lucrativos y no con propósitos depurativos.

Hasta el siglo XI, los santos padres indulgentes y piadosos, explotaban por su cuenta a los pobres penitentes que se refugiaban en los templos en procura de perdón; pero la Iglesia, austera y ecuaníme, que vela por sus fieles y se desvela por sus arcas, intervino en el negociado escandaloso, oficializándolo. Así fue que en 1080, en el concilio de Lillebonne, dio una tarifa para la absolución de ciertos pecados, y a principios del siglo XII, el Papa Gelasio II, autorizó al obispo de Zaragoza para que absolviera de sus culpas a los que dieran dinero para mantener el clero y para la restauración de la Iglesia, arruinada por los sarracenos; y el concilio de Exeter de 1287, y el de Saumur de 1294, prohibieron a los archidiaconos, deanes y arciprestes el apoderarse del oro de los penitentes, y ordenaron, no que lo devolvieran, sino que lo depositaran en las cajas de la Iglesia. Más tarde, en el siglo XVI, Clemente V, generalizó la orden, reglamentando el empleo del dinero para la dispensa de los pecados, y en 1520 se fijó la célebre tarifa cancelaría y penitenciarias de Pío XII, que rebasó los límites de lo prudencial.

Por unos pesos cualquier individuo podía permitirse el lujo de apalearse, incendiar, robar y asesinar. Por ejemplo: « Por la absolución del que hubiere muerte a su padre, a su madre, a su hermano, a su hermana o a un pariente laico..., de cinco a siete gros por muerto; por la absolución de un marido que hubiere apaleado a su mujer y la hubiere hecho abortar con la paliza..., seis gros; por la absolución de pillaje, incendio, robo y el asesinato de laicos, con dispensa..., ocho gros. »

Y sigue la lista de precios.

Como ves, amigo Pascual, la santa madre Iglesia ha velado siempre por la sociedad y el individuo, por la familia y por la moral. Claro que no todos lo entienden así.

A muchos se les ocurre que no hay virtud ni nobleza, sino argucia y sordidez en el tratamiento de las absoluciones clericales.

Yo sé que a ti no te sientan bien estas irreverencias ateístas; pero una cosa es la doctrina evangé-

lica y otra muy distinta la conducta de los eclesiásticos en sus oficios religiosos..., y así la función litúrgica no guarda armonía con la concepción doctrinaria, es lógico que se piense que hay violación de principios por parte del clero o falsedad en la conformación del ideal que se sustenta.

De ahí nace la duda en unos, y en otros la negación total. Estos, consecuentes con la verdad histórica, la finalidad filosófica y la moral, objetan la tesis y enjuician a los teólogos.

Aquéllos reprueban la ética clerical, pero sin menoscabar sus creencias; y están los otros, los que se dan enteros, ciegamente, sin importarles si hay o no relación entre el dicho y los hechos, la conducta y la moral, las definiciones y las finalidades, con el agravante que silencian los actos desdorados, por aquello de que «el fin justifica los medios».

Pero lo gracioso es que los tragacirios que integran este sector, y que en el trajín diario se reuelcan en cualquier lodazal encubriendo el crudo

y sucio materialismo de los que alardean de espiritualistas, emiten juicios vituperables en contra de los materialistas que procuran la dignificación del hombre por medio de la «espiritualización» de la conciencia y el libre desenvolvimiento de las facultades mentales. Estos individuos fingen creer que **materialismo** es sinónimo de grosería, cuando en verdad es una parte de la ciencia que rebate las abstracciones absurdas del misticismo, anteponiendo la razón a la fe, y la evidencia científica a las creencias religiosas.

Sobre este particular habría mucho que discutir amigo Pascual, pero un tema de tan vastas dimensiones exige mucho más espacio del que se ofrece en una misiva, de manera que me despido de tí con el afecto de siempre y con la promesa de volver sobre el asunto en la primera oportunidad que se presente.

FRANCISCO S. FIGOLA

TRAZOS

EL deslinde de campos entre el marxismo y el anarquismo está adquiriendo, por fin, toda la envergadura que realmente merecía. El confusionismo, sembrado por la doctrina de Marx y Engels, tan similar en la práctica a la de los jesuitas, tiende a disiparse, como nieblas mañaneras bajo la influencia del sol. Aquella táctica que tan bien manejaban los comunistas en España, aduciendo siempre que «solamente nos separan cuestiones de orden mínimo», está en franca quiebra, porque la experiencia de estos últimos años, vivida internacionalmente, ha puesto al descubierto toda la alevosía de las intenciones marxistas — de uno y otro lado — y nos ha hecho meditar más hondamente sobre todo lo que fundamentalmente nos separa.

En el terreno de las ideas, marxismo y anarquismo se oponen irreductiblemente. En el terreno de las tácticas, ahora más que nunca nos encontramos separados de los comunistas y los socialistas, cuya desenfrenada carrera por el poder político ha puesto en evidencia el leit-motiv de sus aspiraciones.

Puestos a deducir, tenemos que achacarle al marxismo la caótica y deprimente situación actual, amén del balance de víctimas de las dos últimas guerras. Ya no es un secreto para nadie que el proceso reformista del socialismo autoritario castró las aspiraciones y energías revolucionarias

del proletariado europeo y de las capas populares más avanzadas, abocando a uno y a otras en el abismo de la guerra nacionalista y en el de la grosera aspiración del poder político, desvirtuando las legítimas aspiraciones del pueblo hacia su emancipación de la tutela del Estado y del capital. Nuestra aseveración se corrobora con el hecho de que los marxistas han llegado al poder, pero el pueblo sigue tan esquilado y esclavizado como siempre.

Por otro lado, esta concepción del Estado-Dios, de la burocracia omnipotente, que conduce a aberraciones autoritarias tan nefastas con el sovietismo y el nazifascismo, a nadie más que al marxismo se la debemos, pues es él, y nadie más, quien la ha introducido y desarrollado, constituyendo su más cara aspiración. Es claro, pues, que los anarquistas sigamos oponiéndonos con todas nuestras fuerzas al crecimiento de esa monstruosidad que amenaza terminar con todas las prerrogativas individuales del hombre. Y el hombre es lo que más interesa a los anarquistas. La integridad humana, que debe ser salvada de esta densa riada de materialismo autoritario, es el motivo de nuestra lucha, en franca y abierta oposición con el marxismo de todos los pelajes, que quiere convertir al hombre en un resorte cambiante del inmenso engranaje del Estado-Dios.

B. MILLA

VERSIONES
por DENIS

EL ROMANTICO

ERASE un hombre, todavía joven, a quien la cultura, no mucha, pero cultura, servía para simular sentimientos que le eran ajenos. No tenía otra ambición que la de alcanzar fortuna para vivir sin cuidados. Y, fallido el intento de alcanzarla, en empresas del más vario cariz, desesperaba ya de su suerte cuando vino a sonreírle en figura de mujer.

Mil veces más había visto a esa mujer: vivía frente a él. Nunca posó en ella la mirada. Madura, agostada quién sabe por qué pesadumbre, parecía más vieja de lo que era. La muerte de su marido hizo que se hablara mucho de ella en el vecindario. Heredaba riquezas en abundancia, no tenía hijos, y era una dicha para ella haber enviudado. Porque su marido, brutal, le había hecho la vida penosa. Ella, de una delicadeza que ya no se usa, y de una belleza, cuando se casó, espléndida, se había ido marchitando. Ya no era ni sombra de lo que fue.

El ambicioso de fortuna se juzgó obligado, oído cuanto se decía, a visitar a su vecina para condolerse de su desgracia, sabedor de que no era desgracia. Se encontró frente a una mujer de otro tiempo. La salita en que fue recibido estaba colmada de libros románticos, exclusivamente románticos. Y la viuda, en todas sus palabras, no era sino un eco de aquellos libros. Tal vez le había llevado a ellos la brutalidad de su marido; tal vez, por medida en ellos, desde antes de casarse, su marido le había parecido brutal. La disparidad de gustos, entre su marido y ella, no tardó ella en confesarla, ruborosa, a aquel vecino tan gentil que se había apresurado a visitarla.

— Yo soy una romántica — dijo — y mi marido era un realista. Hemos vivido años y años lejos uno de otro. El entregado a sus negocios, yo entregada a mis libros. Nos habíamos habituado a nuestra mutua soledad. Ni me molestaba, ni yo le molestaba. Y ahora le echo de menos. Me falta. Era, sin serlo, una compañía. Si no tuviera mis libros, no sé qué sería de mí. Sola, absolutamente sola, ellos me consuelan, como siempre me han consolado.

Dijo el vecino gentil algunas palabras de circunstancias y se despidió, prometiendo volver, si su visita no era molesta. Prometiendo ir a hacerle compañía, algúnavez, para charlar con más detenimiento de sus libros, que también él poseía, que también para él eran frecuente solaz, o mejor dicho, consuelo de los contratiempos de la vida.

No era cierto que poseyera aquellos libros, ni apenas cualesquiera otros. Hecha su cultura, la escasa cultura de que se le había provisto, pocas veces había sentido la tentación de hojear un volumen, ni de otro tiempo ni del suyo. Pero se prometió, mientras su vecina hablaba, leer los libros que su vecina leía. Y ya en la puerta, se dijo a sí mismo:

« Tendré que hacerme romántico ».

No fue a visitar a la viuda en muchos días. Hizo desear su visita. Pero cuando la encontraba, y casi no tenía otra ocupación que procurar encontrarla, la saludaba, reverente y, hecho ya romántico, suspiraba, palidecía, miraba a la viuda con una mirada como de sueño, tomaba un aspecto, de súbito, como de desesperado.

Por fin, después de varios encuentros, en cada uno de los cuales había acentuado los signos de su romanticismo, hizo como que no se atrevía a pedir a la viuda autorización para visitarla. Sonrió graciosamente la viuda ante su timidez, y le aseguró que sería para ella gozoso charlar, como había él prometido, de sus libros.

Convenida la visita para aquella misma tarde, el improvisado romántico preparó todas sus armas para la conquista que se proponía. Nada de casarse con la viuda. Se habría dicho que joven él, y vieja ella, se había casado con su dinero. Nada, tampoco, por lo pronto, de hacerla su querida, empeño fácil a su juicio: había muchas mujeres para eso a su disposición. Enamorarla, enamorarla locamente: tal era su propósito. Si lo lograba, y no dudaba de lograrlo, el dinero de la viuda, sin casarse con ella, y sin hacerla su querida, sería suyo. Después, cuando fuera a morir, porque era indudable que había de morir antes que él, ya vería de hacerla su mujer, si no había otro remedio, para su heredero.

Entró en la salita ya conocida suspirando más que nunca, más pálido que nunca, con miradas más de sueño que nunca, con aspecto más desesperado que nunca. Y en seguida, en cuanto la viuda, por preguntarle él, dijo cual era su autor preferido, comenzó a recitar trozos de aquel autor — había elegido en todos los autores románticos, y aprendido de memoria, fragmentos de prosa o verso destinados a expresar los sentimientos que trataba de simular — con voz que la viuda, romántica, romántica, juzgó doliente.

Dijo él, recitados los trozos del autor preferido por ella, que él no acertaba a preferir ninguno, que los ofrecía todos. Y esto le dio ocasión a recitar gran parte de los fragmentos aprendidos, con voz siempre doliente, y con los suspiros, y la palidez, y la mirada, y la desesperación también aprendidos. Fue una borrachera de lamentos, que sólo a ella emborrachó. Él, sereno —, espiaba el efecto que producía. Satisfecho, satisfecho. La conquista que quería alcanzar estaba alcanzada.

Se despidió apresuradamente, mirando a la viuda, embriagada de palabras altisonantes, fuera de sí, como desde lejos, como desde muy lejos, y como si él también estuviera embriagado y fuera de sí. Otro artificio, aquella despedida apresurada, aquella mirada lejana, aquella embriaguez y aquel fuera de sí, para producir efecto. Y que lo produjera.

« ¡Pobre muchacho! — suspiró la viuda cuando hubo salido —. Está enamorado y no se atreve a

decirlo. ¡Es tan tímido! La timidez no le deja ver que yo también estoy enamorada. ¡Oh, sí, por la primera vez en mi vida, enamorada! ¿Qué no haría yo por él, tan igual a mí, tan como yo en todo?»

Al día siguiente la viuda recibió una carta. Temió, leyéndola, volverse loca. No la visitaría más. Era indigno de atravesar sus umbrales. Hasta ella se había atrevido él a alzar la mirada. Se condenaría, por su falta de juicio, a no verla más. Sufriría, sufriría, pero en silencio. ¿A qué ir contra su voluntad — sus sentimientos eran más poderosos que su voluntad —, a turbar su quietud? Vería ella, acabaría por ver qué volcán ardía en su pecho. Trataría de sofocarlo. No tenía ninguna esperanza de triunfar en empeño tan difícil. Y menos si seguía viéndola. Verla y que el fuego se reavivara, suponiendo que se hubiera hecho menos intenso, sería todo uno. Procuraría no encontrarla en la calle. La llama que le consumía saldría a su rostro, para vergüenza suya. Había creído que podría ser su amigo. Se había engañado. Era otro el sentimiento que había nacido en él, sentimiento que no quería nombrar, ante el que la amistad era una flor sin belleza ni perfume.

Loca, locamente enamorada, la viuda contestó:

« ¡Ven! No sé, no puedo contestar a tu carta nada más.

No fue él. Escribió otra carta. Más romántica que la primera. No fue tampoco cuando ella, al contestarle, le llamó de nuevo. Escribió otra carta, más romántica aún. Y así durante un mes. Hasta que ella, desesperada, le escribió:

« Si no vienes, hoy mismo, ahora mismo, en el momento en que te entreguen estas líneas, me arrojo por el balcón ».

« Eso no — se dijo él —. Todo estaría perdido. Todo, que está ganado, estaría perdido ».

No tuvo que vestirse — estaba vestido siempre para correr a la visita tan preparada y tan esperada —. Corrió a recoger el fruto de su largo esfuerzo.

En cuanto le vio ella entrar se adelantó para lanzarse en sus brazos.

— ¡No, no! — exclamó él, más pálido (era difícil saber de dónde sacaba su palidez) y más desesperado que nunca —. ¡Si fueras pobre...!

— Arrojaré mis riquezas, todas mis riquezas, por el balcón, abierto todavía porque por él iba yo a arrojarme.

Se espantó el ambicioso. No podía retirar sus palabras. No podía decir que era locura tirar las riquezas. No podía desmentir su romanticismo con exclamación pareja, que tuvo a flor de labios. Palideció, por primera vez, de verdad, con rapidez del que ve en un momento desmoronarse edificio pacientemente construido. Miró en torno, sin saber qué decir, temeroso de poner al descubierto su ser íntimo.

Pronto vio que se había espantado en vano. La viuda estaba allí, para que hiciera de ella lo que quisiera: loca, locamente enamorada. Con los brazos todavía tendidos hacia él. Se dejó abrazar, en silencio. Y como advirtiera que una sombra de tristeza cubría el rostro de ella por la frialdad con que recibía el abrazo, la abrazó él también, con frenesí improvisado que a poco parecía locura.

Meses después, enferma la viuda, se casaron. Y todo su dinero, ya de él, fue más de él aún. Lo lucía, lo gastaba, lo derrochaba.

Un vecino, cierto día que se hablaba de él, y de lo hecho por él, comentó:

— ¡Nunca crece el río con agua clara!



El egoísmo levanta a los pueblos... y los pierde.

JOSE MARTI.

Las leyes

COMPRENDEMOS aquí bajo el nombre de leyes todas las prescripciones de los poderes públicos. Son innumerables. No hay letrado, juez ni oidor que las sepa todas, ni en detalle ni en conjunto. Descansa, sin embargo, nuestra Sociedad en tan frágil base, y castiga a todo el que las quebranta. No le sirve de excusa que no las conozca. ¿Qué son nuestras leyes? Genéricamente hablando, unos mandatos que empiezan por sentar más o menos sólidos principios, y acaban casi por destruirlos a fuerza de limitaciones y excepciones. No son siempre claras, antes tan turbias que necesitan quien las explique y las comente, contradiciéndose no pocas veces los comentarios. Rara vez son por sí solas inteligibles; se refieren con frecuencia a otras disposiciones, ni siempre fáciles de encontrar. Hecha la ley, todo viene a oscurecerla: no solamente el comentario del docto, sino también el decreto, la real orden o la circular del Gobierno, y los fallos de los tribunales. Forman jurisprudencia los del Tribunal Supremo, y van a la larga corrigiéndola y enmendándola, de modo que casi la destruyen. Ignoramos si sabrán nuestros lectores lo que es un palimpsesto. Es un papel manuscrito, sobre el cual se ha puesto bien entre líneas, bien al través otra u otras lecturas. La jurisprudencia de los tribunales viene a ser un palimpsesto, ya que a la ley escrita sobrepone fallos que la corrigen, ya la alteran. El Supremo Tribunal de Justicia hace un palimpsesto de las leyes civiles y penales, y el tribunal de lo Contencioso un palimpsesto de las prescripciones administrativas. No sólo modifica y altera las leyes penales el Tribunal Supremo, las interpreta a su antojo la fiscalía del mismo Tribunal, e impone como ley sus juicios. No hablemos de las disposiciones administrativas; éstas constituyen un verdadero caos. Apenas sube al Poder hombre alguno que no las deshaga y reforme según su especial manera de ver en la Administración y la Hacienda. No hay aquí para ellas Código ni es posible que lo haya. Ese es un palimpsesto donde de continuo se escribe sobre un decreto, sobre este decreto una real orden y sobre esta real orden una mera circular que no pocas veces altera decretos y aun leyes. ¿Cuándo llegará el día en que toda esta confusión desaparezca? En doce tablas expuestas al público tenían contenido los antiguos romanos su derecho. ¡Cuán bello sería que pudiéramos hacer otro tanto! Dióle a aquel mismo pueblo en irle alargando con las interpretaciones del Poder público, las de los jurisconsultos y las de los tribunales, y a la irrupción de los germanos sus leyes eran tantas que se las calificó de carga de camellos.

Carga de elefantes son las nuestras.

FRANCISCO PI Y MARGALL

A todos los amantes de la cultura

Un grupo de estudiantes de París, Toulouse y Burdeos, se proponen editar un folleto de poesías del joven poeta madrileño Angel Santiago. Se titulará « Castilla la nuestra », y será prologado por Blas de Otero, de gran renombre ya.

El precio del ejemplar será de 2 F., céntimo más o menos.

Pero para que la edición pueda llevarse a cabo se necesita cierta cantidad de compromisarios, que, sin que tengan que adelantar el dinero se comprometan a la adquisición del folleto en cuanto aparezca.

Para suscribirse dirigirse a una de las direcciones siguientes :
M. Etienne Roda, Résidence des Près, P. C. 15, Antony (Seine).
Mlle Mercedes Celma, 8, place Danloup, Toulouse (H.G.).

Repetimos : No enviad dinero. El pago se efectuará después de recibir el folleto.